

RAÚL BRAVO

# LECTURA Y DEMOCRACIA

Ensayos sobre los alcances conceptuales  
de la promoción del libro y la lectura



# LECTURA Y DEMOCRACIA



# Lectura y democracia

Ensayos sobre los alcances conceptuales de la  
promoción del libro y la lectura

Raúl Bravo



Primera edición, 2011.

D.R. Raúl Bravo

D.R. Editorial San Roque  
Madrid Núm. 1055  
Col. Andrade. C.P. 37020  
León, Gto., México

Diseño de la cubierta: Tonatiuh Navarro  
Cuidado de la edición: Jorge Olmos Fuentes

**ISBN:**

Impreso en México  
*Printed in Mexico*

De acuerdo con la *Ley de Derechos de Autor* queda prohibida la reproducción de las obras artísticas y científicas, total o parcial, por cualquier medio o procedimiento, si no se cuenta con la autorización por escrito de los titulares del *copyright* o derechos de explotación de la obra.

## ÍNDICE

PREFACIO	9
<i>La vida sin libros</i>	15
<i>Malestar de la lectura</i>	27
<i>El hilo del Minotauro</i>	43
<i>La escritura: una forma de compartir el paso del tiempo</i>	55
<i>La lectura y la vida</i>	67
<i>Lectura y democracia</i>	75
Fuentes consultadas	103



## Prefacio

*Para decirlo de la forma más sencilla posible: escribo porque la lectura ha transformado mi vida. Me salvó de una infancia y una juventud por demás maleables al encontrar en la cultura escrita un sentido vital para mi existencia: la posibilidad de estar y participar en el mundo.*

*En parte por eso rechazo ciertos calificativos (buen o mal lector, por ejemplo) que sólo pretenden reducir de manera simplista la lectura como práctica social. Aún desconozco algún indicador que pueda, desde la construcción de significados y sentidos, en la dimensión humana de un sujeto, responder en qué se distingue un lector de quien no lo es. El discurso sobre las problemáticas de la lectura, con todo y su innegable buena intención, está plagado de definiciones absolutas: eres lector o no lo eres.*

*En el mismo tenor, y con base en mi experiencia y acercamientos a las diversas maneras de vivir la palabra escrita, considero que no es aventurado el hecho de afirmar que, en cierta medida, todos somos lectores: lo es, por supuesto, el que tiene el hábito de leer, pero no lo es menos el campesino que sin necesidad de conocimientos formales tiene la habilidad de predecir con una*

*simple mirada al cielo el buen o mal temporal por venir; el pequeño comerciante que, sin estudios sobre alta contabilidad, reconoce en su entorno ciertas fluctuaciones del mercado; la ama de casa, las necesidades y preocupaciones de cada uno de los miembros de su familia; y hasta cualquier niño por menos perpicaz que sea, el ánimo que embarga al padre o a la madre.*

*La diferencia, entonces, no radica en el número de libros leídos, en el análisis de las obras o en cualquier otro acercamiento estadístico sobre los hábitos lectores, sino en el nivel de conciencia y significación de tal fenómeno; en otras palabras, en qué medida la lectura está sustentada en la experiencia de las personas, y qué repercusiones ha tenido en la construcción de sí mismas como sujetos críticos y, por consiguiente, libres.*

*La lectura es algo más complejo que el tipo de consumo personal que cada quien ejerza (utilitario, placentero, de autosuperación o como escalafón social) de una práctica cultural socialmente aceptada. Por ello, frases como : “La gente ya no lee”, “Hacia un país de lectores”, o incluso “Leer para ser mejores”, no significan gran cosa cuando de lo que se trata es de establecer comunidades lectoras. En efecto, el lector individualizado (el yo lector), ese viejo modelo narcisista al que sólo le preocupa satisfacer sus necesidades más apremiantes, es el árbol que nos impide apreciar el bosque completo.*

*Así pues, lectores, animadores, promotores, media-*



*dores, editores, distribuidores, escritores, libreros y funcionarios del ámbito educativo y cultural; en pocas palabras, los ciudadanos en conjunto, se deleitan con el anecdotario personal colmado de buenos sentimientos que todos sabemos se le atribuyen al texto escrito: experiencias vivificadoras que le otorgan al lector —como por arte de magia— el poder absoluto sobre muchos de los males que nos aquejan. La lectura, así, asemeja un caldo de pollo que reconforta el alma, pero se olvida que en la lectura se ponen en juego muchas otras cosas, la mayoría en conflicto con otros intereses.*

*De esta manera, a partir del siguiente desarrollo de ideas, en un primer momento reflexionaremos sobre la diferencia entre el mundo del texto y el mundo del lector, por aquello de quienes piensan que la lectura es una cuestión exclusiva de libros, y no se han dado cuenta de que el fenómeno es un entramado social más complejo en cuanto a la formación de lectores.*

*A continuación, se podrá observar cómo el hombre, a la par de ser el creador de una de las tecnologías más brillantes: el lenguaje, al grado de incorporar tal atributo a la condición intrínseca de su propia naturaleza: el hombre es su lenguaje (léase Homo videns de Giovanni Sartori); al mismo tiempo, desconfía del potencial liberador de la misma, hasta convertirse en uno de los mayores destructores de todos y cada uno de los soportes utilizados para su comunicación.*

*En otra vertiente, no hay mejor manera de revalorizar a los agentes sociales por excelencia de la cultura escrita —los bibliotecarios— que profundizando en su quehacer histórico como salvaguardas no sólo de los bienes patrimoniales de la nación (el acervo bibliográfico), sino también como testigos de nuestra propia experiencia lectora.*

*Nada más ufano que pretender fomentar el hábito lector sin tomar en cuenta lo que opinan los consumidores de la cultura escrita. A lo largo de los siguientes temas, la voz de los lectores hará acto de presencia mediante una serie de entrevistas realizadas a individuos provenientes de diversos estratos sociales y geográficos del estado de Guanajuato. Así conoceremos sobre las particulares historias lectoras que cada uno ha experimentado en sus vidas, y que no se diferencian en mucho de tantos otros lectores de otras latitudes.*

*Por otra parte, frente al avasallamiento sin medida que se produce día con día —en el contexto nacional e internacional—, en cuanto a edición y circulación de publicaciones, uno llega a preguntarse si la lectura y la vida son siempre caminos que confluyen.*

*La última parte versa sobre la lectura como práctica sociocultural que, por lo que significa su naturaleza, no puede ser considerada como neutra y, por lo mismo, debe tomar partido y asumir sus consecuencias. Los lectores son personas que no sólo tienen opiniones sino que*

*son sujetos que constituyen en su mayoría la opinión pública sobre un sinnúmero de temas. A este respecto, toda acción que tenga que ver con el fomento o la promoción de los hábitos lectores debe incidir en la apropiación de la lectura como experiencia personal y, por consiguiente, como elemento que contribuya a mejorar la calidad de vida del lector y de su comunidad.*

*Es así que, si volvemos los ojos a algunos de los temas que deseamos tratar, al posible desarrollo de sus argumentos, lo que encontraremos como leitmotiv en el transcurso de las siguientes páginas es el hecho de que la lectura como práctica sociocultural que se realiza no en una realidad ideal, sino, por el contrario, en la verdadera, única y entrañable realidad que nos ha tocado vivir, y que forma parte precisamente de esa necesidad de la contingencia, es la posibilidad de mejorar mediante algún proceso lector nuestra calidad de existencia. Esto es lo único que le interesa al lector como sujeto, lo único que puede llenar la vida humana de sentido, de valor y de belleza. Pues mediante la lectura le podemos dar color, sabor y dirección a la existencia que percibimos con los sentidos. Lo que nos remite sin lugar a dudas al retorno de los temas fundacionales de los seres humanos: nacimiento y muerte, y a partir de estos hechos concretos, a la manera de hacer de la cultura escrita parte significativa en la historia de vida del lector.*



La vida sin libros

La lectura no se garantiza contra el desgaste del tiempo (se olvida y se la olvida), no conserva la experiencia lograda (o lo hace mal), y cada uno de los lugares por donde pasa es una repetición del paraíso perdido.

*L'Invention du quotidien*, Michel de Certeau

Quiero empezar por dejar en claro algunos conceptos que no por ser menos polémicos dejan de sembrar confusiones, cuando de transformaciones del libro y de prácticas de la lectura se trata. Si bien desde la Grecia clásica se tiene conciencia de que la invención de la escritura es para fijar los textos, es decir, para conservarlos —el olvido (para los griegos) era considerado peor que la muerte—; uno de los malentendidos más recurrentes, según Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (1997), es pensar que los autores escriben libros: no, escriben textos que se transforman en objetos con determinadas características de edición que conocemos como libros.

Así, prevalece en la historia de la cultura escrita cierta diferencia entre el mundo del texto y el mundo del lector; entre los libros, en sus diversas formas, y los gestos, actitudes y costumbres de los lectores o potenciales lectores; entre los soportes de la cultura escrita y los espacios y momentos reservados a la lectura. El acto de la lectura —su práctica— tiene que ver con esa brecha que, en ocasiones, se agranda, a pesar de que contamos al parecer y conforme a una idea que desarrolla Pascal Quignard (1989) con una predisposición natural al relato: a escuchar y contar historias, a una necesidad por construir ya sea de manera individual o colectiva un relato universal que es la suma de todas las historias creadas, contadas y escuchadas por el ser humano.

El otro concepto que por lo menos despierta dudas razonables, tiene que ver con las bondades que, supuestamente, son inherentes a la lectura. Es claro que aquí no se trata de negar que la lectura pueda mejorar nuestro estado de ánimo, aliviarnos de alguna crisis personal y, en otros casos, hasta —¿por qué no?— salvarnos la vida.

Empero, conviene observar en su carácter de práctica cultural ciertas ambigüedades, muchas de ellas contradictorias, que prevalecen en esa fraseología que se disfraza de moda cultural, y que piensa que debemos motivar a leer sin importar las condiciones sociales de los supuestos “no lectores” (pobres pero leídos, nos dice Gregorio Hernández). De ahí los innumerables programas casi idénticos diseñados desde el escritorio, en el mejor de los casos, y que pretenden “dar de leer”, sin tomar en cuenta el tipo de región sociocultural en el que habitan los supuestos potenciales lectores (urbana, rural, semiurbana, indígena; si es un barrio, asentamiento, colonia o fraccionamiento). Es aquí que en tales programas los libros, contenidos, temas y dinámicas, son los mismos, como si existiera un perfil único del lector ideal. Sólo basta con echar un vistazo a los indicadores de cualquier programa de promoción del libro y la lectura para enterarnos que en lo que concierne a la “satisfacción del cliente” (en este caso los lectores), continúa siendo una asignatura pendiente.



En este sentido, pareciera que es más importante saber cuántos libros se leen por promedio *per capita* al año, cuáles son los títulos o autores de mayor éxito entre determinados sectores de la población o el índice de consumo del producto o mercancía llamado “libro”, que lo que tiene que expresarnos la voz de los lectores.

Interesa más la participación en bien intencionadas pero anodinas actividades de animación a la lectura que la apropiación de un patrimonio cultural (la cultura escrita y su usufructo) que por derecho pertenece a los ciudadanos pero que se considera políticamente correcto enajenar, porque ¿a quién le interesa lo que opina un lector si se tiene puesta la mirada en la política cultural que desencadena? No por nada, desde Vasconcelos hasta la actualidad, no hay mejor pretexto de intervención cultural que el fomento a la lectura.

Cualquier historia lectora refleja en alguna medida los medios materiales de sustentación, es decir, los componentes sociales que rodean al lector (su nivel de escolaridad, el salario que percibe a cambio de su fuerza de trabajo, la violencia doméstica y callejera que padece, la influencia de los medios masivos de comunicación, la marginación urbana o rural del estrato social al que pertenece, etcétera).

¿Qué entendemos, entonces, por mejorar los hábitos lectores en comparación con el acceso a la educación, la salud y el trabajo? Leer y escribir son activi-

dades que, independientemente de que se consideren actividades intelectuales por excelencia, están insertas en contextos sociales específicos y, por tanto, responden a determinadas situaciones, circunstancias, convenciones y relaciones sociales.

Ante este panorama, un entorno familiar en el que la cultura escrita sea algo más que algunos libros viejos y maltratados que se llenan de polvo en un librero familiar, el atípico hogar con libros en el que los padres no sólo leen sino que leen con sus hijos, contribuye sin duda a construir un sólido vínculo afectivo y emotivo con los libros. Pero lamentablemente tal condición es la excepción en las actuales condiciones sociales. La mayoría de las familias no sólo no se componen de padres amorosos y lectores, sino de incertidumbre laboral, escasa o mala calidad en la educación, salarios indignos, desintegración familiar, marginación social, falta de seguridad en su persona y bienes y, por supuesto, no hay libros.

Si leer es apropiarse de un bien cultural (la cultura escrita), esto significa que de lo que se trata es de tener algo que decir, y decirlo; es, en otras palabras: encontrar la voz propia para expresar —con las palabras que mejor le convengan— sus propios sentimientos, experiencias, pensamientos e intenciones, y así hacer propio un discurso identitario tanto en el plano individual como en el contexto social. Porque la identidad también se lee.

En este contexto, pensar que sólo mediante explotar

el aspecto lúdico y placentero de la práctica de la lectura es posible abatir el rezago en materia de formación de lectores, es como pensar que podemos llegar a ser un país de lectores sin librerías, bibliotecas ni libros; sin escritores, narradores orales o animadores de lectura; pero, a su vez, sin escuelas, centros de salud, espacios recreativos ni puestos de trabajo.

En resumen, a lo que se aspira es a alcanzar una democracia cultural que asuma la lectura desde la apropiación, no el consumismo; desde la participación, no la pasividad; desde una actitud crítica frente al puro conformismo, que utilice la cultura escrita como herramienta de cambio social, y no únicamente en calidad de entretenimiento, en el entendido de servir para el mantenimiento o conservación de alguien o algo.

Por datos que aporta la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), el número de analfabetas en el mundo ha superado los mil millones, y se centra en extensas áreas localizadas en el continente africano, pero también en aquellas economías fundamentalmente agrícolas, como el caso de varios países de América Latina. Aunque el alto índice de analfabetismo no es producto exclusivo del bajo nivel económico (Estados Unidos es muestra de ello), es pertinente señalar que en dicho fenómeno confluyen diversas razones de carácter político e ideológico, y es evidente que la mayor producción y circulación de libros se da en aque-

llos países más alfabetizados y con economías fuertes.

Es un hecho que leer por leer, si bien pretende ser un ideal, un porvenir para la lectura, entendida ésta como un acto de deleite para el hombre alfabetizado como lo vislumbra Armando Petrucci (*Leer por leer: un porvenir para la lectura*, 1990), en nuestro mundo con enormes carencias y desigualdades socioculturales aún no tiene cabida.

En su lugar, la práctica de la lectura que prevalece es la meramente utilitaria, aquella que resuelve el nivel más básico de comunicación. De hecho, la mayoría de las campañas de promoción de los hábitos lectores inciden fundamentalmente en difundir y promover la capacidad de leer, no la de escribir, como si los lectores fueran sólo receptores de las buenas intenciones del *status quo*, olvidándose de que la experiencia de la lectura, cuando es verdadera, pasa de manera necesaria por la facultad de expresar tal experiencia.

Dado que la lectura como práctica no necesariamente tiene que ver con el número de libros leídos, cabe entonces preguntarnos quiénes son los supuestos “lectores”, los “pocos lectores” o los “no lectores”, y qué tan grande es la distancia que los separa, y nos daremos cuenta de que a lo que nos referimos es a un estudio sociológico (en torno al desarrollo afectivo y de representaciones sociales) de una práctica cultural. Este hecho social: la lectura, lo es, no porque sea producto únicamente de un

escenario conformado por un conjunto de condiciones sociales, sino porque detona una serie de interacciones e intercambios sociales. Establece redes simbólicas y de construcción de significados entre los individuos y las entidades en las cuales están insertos (comunidades, centros de trabajo, planteles educativos, asociaciones o figuras asociativas, entre otros espacios sociales).

A saber: no hay individuos lectores sino comunidades lectoras; así que los obstáculos que enfrentan no se refieren a situaciones aisladas de su contexto social o concerniente exclusivamente al individuo que lee o que no lee. Por el contrario, la gradación que se da entre las categorías de lectores es en relación con las condiciones de vida, trabajo y filiación histórico-socio-cultural del grupo al que pertenece el individuo que ejerce o no la práctica de la lectura.

En este sentido, y como bien lo señala Joëlle Bacheloul, cualquier lectura implica un determinado capital social, una trayectoria que sigue un lector en el marco de redes sociales. Se trata, pues, de comprender con mayor profundidad el entramado socio-cultural que está comprometido en la formación de una sociedad lectora. Y sólo lo podremos hacer si empezamos a cuestionarnos si la lectura es una cuestión de tiempo, si lo es en cuanto a práctica, en cuanto a formación escolar, en cuanto a desarrollo social y calidad de vida, en cuanto a políticas culturales y apropiación de bie-

nes y servicios culturales; en lugar de quedarnos con la sola pregunta de si la lectura es una cuestión de libros, cuando no es difícil averiguar que un libro no es un producto de primera necesidad que encontraremos en cualquier canasta básica.

Aquí vale compartir un ejemplo de Amartya Sen (1988) cuya sencillez guarda una profunda enseñanza: cuando una persona está ayunando está claramente pasando hambre, pero la naturaleza de esa realización incluye la elección de no pasar hambre. Una persona que no tiene otra opción diferente a pasar hambre no puede decir que está ayunando. La destitución entre ayunar y pasar hambre, es lo que identificamos en el proceso del hábito lector. No podemos hablar de comunidades lectoras cuando carecemos de los bienes y servicios que nos acerquen a la cultura escrita.

Una evaluación correcta sobre el desarrollo de una comunidad puede hacerse de manera sistemática si y sólo si el concepto de desarrollo es visto en términos de medios en lugar de fines. Y la cultura escrita es parte de esa mejora de las condiciones de vida. Así pues, de lo que se trata es de ver a los libros como un medio y no como un fin en sí mismos. Tener más ferias de libros, más bibliotecas, más escritores, más animadores, más lectores nos refleja una vida cultural más dinámica, y con ella la posibilidad de contar con más y mejores herramientas de socialización. De eso se trata todo esto.

## Entrevista 1

Gerardo tiene 53 años, soltero, padre de dos hijos varones —13 y 9 años, respectivamente—, ambos nacidos de diferentes madres. No obstante haber obtenido una licenciatura en contabilidad por la Escuela Bancaria Comercial, en la ciudad de México, nunca ha ejercido de manera cabal su profesión. Vive actualmente en el municipio de Salvatierra, Guanajuato, al cuidado de su padre de 89 años y se dedica a ser contratista de obras públicas.

Gerardo se considera un “no lector” a pesar de que reconoce que la lectura brinda cierta estabilidad socio-profesional. No tiene un recuerdo preciso sobre sus lecturas iniciales, aunque confiesa haber sido lector de historietas durante su infancia. Son escasos los libros que han significado algo importante en su vida. Por comentarios de dos de sus hermanas —él es el mayor de cuatro— sabemos que en la casa familiar se conocieron, por lo menos, las lecturas literarias que en rigor circulaban por aquel entonces en el ámbito escolar.

Aficionado al cine hollywoodense, el último libro que recuerda que lo entusiasmó fue *El perfume* de Patrick Süskind. La mayor parte de los conocimientos generales que ha obtenido en su edad adulta provienen de periódicos y revistas que han llegado a sus

manos casi sin buscar. Nunca ha comprado un libro y desde que terminó su carrera no ha entrado a una biblioteca. Tiene un refrán que utiliza como frase de autosuperación personal: “Escucha, aprende y pregunta”.



# Malestar de la lectura

Cuando por fin las llamas lo alcanzaron,  
se echó a reír a carcajadas como jamás  
en su vida había reído.

*Auto de Fe, Elías Canetti*

Allí donde queman libros,  
acaban quemando hombres

*Almanzor, Heinrich Heine*

Si algo ha prevalecido a lo largo de la historia de la cultura escrita es esta verdad de Perogrullo: de que en lo más profundo de ésta nunca ha dejado de habitar lo contradictorio de la naturaleza humana: los instintos de creación (Eros) y de destrucción (Thanatos).

Para muestra, un libro solo: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Obra con múltiples ediciones, desde las más populares hasta las que son en sí mismas verdaderas obras de arte, es un ejemplo de cómo una historia contenida en un libro a partir de 1605 (no pocos bibliógrafos cervantistas señalan como finales de 1604 la salida de la primera edición) se convirtió en la obra más traducida y más conocida en lengua castellana. Sólo en el mismo año de su aparición se hicieron tres ediciones más en Madrid, tres en Lisboa y otras tres en Valencia. De 1605 a 1700 fueron veintiocho ediciones en castellano; doce en lengua inglesa; veintidós en lengua francesa; seis en alemán; tres en italiano y cinco en holandés. Para 1900 sumaban un total de 822 ediciones. Está por demás hacer el intento de establecer una cifra de ediciones realizadas de 1901 a la fecha, pero es por todos sabido de que hay ediciones de *El Quijote* en chino y en hebreo.

No deja de ser curioso que este libro que tanto contiene y nunca pasa de moda, además de los 228 personajes inventados por Cervantes, las 142 referencias a igual número de personajes que no hablan en la histo-

ria, 234 figuras históricas, 104 seres mitológicos y bíblicos, 115 referencias a personajes caballerescos, poéticos y pastoriles, y los 18 populares y fantásticos, de lo que trata, al fin y al cabo, esta singular historia es de burlarse de manera ingeniosa de todo cuanto rodeaba a un género literario muy en boga en aquellos días: los libros de caballerías.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de la hacienda [...] En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio.

En efecto, lo que se aprecia a lo largo de esta célebre novela es la construcción de un personaje (Alonso Quijano) que deviene loco y a quien le parece conveniente y hasta necesario hacerse caballero andante e ir por el mundo en busca de aventuras. No obstante, desde el inicio de esta cruzada nuestro protagonista sufre del “Donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo”. Esto debido

a que se identifica a los libros como los autores del supuesto daño de esta “enfermedad incurable y pegadiza”, lo que amerita recibir la pena de echarles del mundo.

Por lo que concierne al instinto de destrucción, no se requiere remontarnos siglos atrás para estar enterados de cómo se inició la hoguera en donde desde aquel día arde la memoria de la humanidad. El fuego lleva ardiendo cincuenta y cinco siglos y ha consumido de manera voluntaria o no tablillas de arcilla, huesos, piedras, pedazos de cuero, planchas de bronce o hierro, papiros, códices, papeles, discos compactos y hasta complicados dispositivos electrónicos.

Tan sólo en abril de 2003 un millón de libros se quemaron o fueron destruidos por el pillaje y saqueo, y cerca de diez millones de documentos —algunos del periodo otomano— desaparecieron de la Biblioteca y Archivo Nacional de Irak, durante los ataques a Bagdad.

Robert Fisk, periodista y testigo de los hechos, publicó en *The Guardian* (15 de abril de 2003), una crónica que relata el grado de inconciencia del ser humano frente a su propia destrucción cultural:

Ayer se produjo la quema de libros. Primero llegaron los saqueadores, después los incendiarios. Fue el último capítulo en el saqueo de Bagdad. La Biblioteca Nacional y el Archivo Nacional, un tesoro de valor incalculable de documentos históricos otomanos

—incluyendo los archivos reales de Irak— se convirtió en cenizas a 3,000 grados de temperatura... Vi a los saqueadores. Uno de ellos me maldijo cuando intenté reclamarle un libro de leyes islámicas que llevaba un niño de no más de 10 años.

[...] Y las tropas estadounidenses no hicieron nada. Todo volaba sobre el patio mugriento. Y las tropas estadounidenses no hicieron nada. [...] Yo sostenía en las manos los últimos vestigios de la historia escrita de Irak. Pero para Irak éste es el Año Nacional Cero; con la destrucción de las antigüedades en el Museo Arqueológico Nacional el sábado y la quema del Archivo Nacional y después de la Biblioteca Coránica, la identidad cultural de Irak se ha borrado. ¿Por qué? ¿Quién prendió el fuego? ¿Con qué demente finalidad se ha destruido toda esta herencia?

Con otras palabras, el poeta Eliseo Diego dice en uno de sus textos (*Libro de quizás y de quién sabe*, 1993) que “Leer es como vivir: corre uno el peligro de llegar al fin y no enterarse”.

Lo curioso es que este hecho es un corolario perfecto de un crimen que inicia y continúa en Mesopotamia (hoy sur de Irak), lugar en donde aparecieron, precisamente, los primeros libros. La paradoja, entonces, podría titularse: De las tablillas sumerias a la desaparición del patrimonio cultural de Irak.

Esta destrucción sistemática de todo vínculo de memoria nos remite casi de manera obligada a la novela antiutópica *1984* de George Orwell, en la que se presenta a un Estado totalitario, y en el que un departamento oficial se dedica a descubrir y borrar todo rastro del pasado.

¿Cuántos libros, entonces, han sido destruidos? O han desaparecido por accidentes, catástrofes, cambios culturales (¿cuántas lenguas se han extinguido?), o por causas naturales (los mismos materiales con los que se han fabricado libros).

Es difícil responder a estas preguntas, pero de lo que sí podemos estar ciertos es de esta triste verdad: nadie tendrá el privilegio de contemplar y leer en la Casa de las Tablillas de Ur (hoy Mugay-yar) ni los escritos prohibidos de Thot (divinidad que inventó la escritura entre los egipcios); o el setenta y cinco por ciento del total de la literatura, filosofía y ciencia de la Grecia antigua; así como las más de dos mil obras teatrales de esa misma cultura desaparecidas entre el 500 y el 200 a. C.

Baste estos cuantos ejemplos del número de obras que hemos perdido de todos los periodos de Grecia: de las 120 obras incluidas en los catálogos de Sófocles, hoy sólo existen siete en estado completo y cientos de fragmentos. ¿Quién ha leído alguna comedia completa de Dífilo de Sínope, de Eubulo de Atenas, de Alexis de Turi, de Zenón de Citio, de Crisipo de Solos; de Arato

de Sición, de Arctino de Mileto, de Prátinas de Fliunte, de Aristarco de Samos, de Espeusipo de Atenas, de Duris de Samos, de Estrabón de Amasia, de Beroso de Belos, entre tantos otros?

Del propio Aristóteles, de cientos de sus obras desconocemos en la actualidad su paradero. Así como en la historia de la pérdida de los escritos griegos hay una ausencia de explicación, de similar manera ha sucedido en otras culturas en todos los tiempos. El auge y final de enormes bibliotecas es lo que ha marcado la fragilidad de los libros. Hoy en día no hay muestras de papiros griegos anteriores al siglo IV a.C., y no hay forma de cuantificar las pérdidas ocurridas entre los siglos II y VI d.C. Pero de igual manera se desconoce en la actualidad el número de libros que año tras año son destruidos por las propias editoriales que los produjeron.

En pleno siglo XX, Adolf Hitler era considerado un lector consumado (en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos están a resguardo 1 200 obras de lo que quedó de su extensa biblioteca). Empero, según expertos, en el periodo de su mayor influencia “se destruyeron las obras de más de 5 500 autores. Los principales textos de los más destacados representantes de inicios del siglo XX alemán recibieron vetos continuos y ardieron sin piedad: la Comisión para la reconstrucción cultural judeo-europea estableció que en 1933 había 469 colecciones de libros judíos, con más de 3 307 000 volúmenes



distribuidos de modo irregular. En Polonia, por ejemplo, había 251 bibliotecas con 1 650 000 libros; en Alemania, 55 bibliotecas con 422.000 libros; en la Unión Soviética, 7 bibliotecas con 332.000 libros; en Holanda, 17 bibliotecas con 74.000 libros; en Rumania había 25 bibliotecas con 69.000 libros; y en Checoslovaquia había 8 bibliotecas con 58.000 libros. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, no quedaba ni la cuarta parte de estos textos.”

Vale aclarar esta perspectiva: un libro se destruye no por lo que signifique como objeto, sino por lo que representa de manera simbólica, es decir, como parte del pensamiento de un ser humano en lo individual y, por tanto, del patrimonio de ideas de una determinada cultura que contiene.

En este sentido, el odio que despierta no es en contra del libro en sí, sino en contra del Otro. Sigmund Freud reafirmó lo anterior en una conversación sostenida con un periodista, en la que se atrevió a señalar que: “En la Edad Media ellos (los nazis) me habrían quemado. Ahora se contentan con quemar mis libros[...]”. Aquí cabe decir que millones de judíos no corrieron con la misma suerte.

¿Quiénes son los enemigos de los libros? Los mitos de destrucción habitan las teorías del instinto en todas las culturas. Proyectan la angustia humana por liberarse de la responsabilidad directa sobre nuestros impulsos destructivos. Destruir es un rito que reivindi-

ca nuestra permanencia al asumir el acto simbólico de dar muerte. Y en la medida de que se instala como rito, la reiteración obliga a que “Cada tantos siglos hay que quemar la biblioteca de Alejandría [...]” (Borges, en *El libro de arena*, 1975).

Así las cosas, el hombre quiere ser feliz: compra, usa, vende, trabaja, estudia, come, conoce, desecha, explora, viste, baila, escucha, inventa, destruye, miente, lastima, ve, toca, duerme, corre, huye, alimenta, esconde, habla, encuentra, expresa, canta, sueña, lee, imagina, escribe... Empero, y a pesar del enorme esfuerzo que realiza por satisfacer sus necesidades básicas o de carácter cultural mediante sensaciones o impulsos placenteros, sean éstos de la índole que sea (nunca como antes la ciencia, la tecnología, la cultura y el bienestar social han estado tan de la mano del hombre), todo parece indicar que el hombre moderno no se siente cómodo. Existe un ambiente de desazón y pesadez en donde vive.

Pese a lo anterior, tal parece que en los tiempos actuales el dolor y el sufrimiento son considerados de mal gusto. Así pues, con tal de no sufrir, nos hemos acostumbrado a “bajar” nuestras pretensiones. Nos damos por satisfechos con casi cualquier cosa. Hemos dejado de ser exigentes.

A sus 74 años, y como epílogo de su obra entera, Freud publicó *El malestar en la cultura* (1930), libro en

el que recoge sus preocupaciones en relación al conjunto de normas restrictivas de los impulsos humanos exigidos para mantener el orden social. En este sentido, la cultura y sus manifestaciones o prácticas —como pasa con la lectura— conforman parte del aspecto regulador de la vida en común al restringir las posibilidades de satisfacción de cada uno en aras de los demás. Así, parafraseando a Francesc Goma i Musté (1977), la cultura —en este caso la lectura— limita la libertad y es frustrante.

De este modo, y bajo la perspectiva psicoanalítica, es posible establecer de manera hipotética una relación entre el sentimiento de culpabilidad y el proceso de la lectura, es decir, a medida que los individuos progresan en la lectura como proceso cultural, lo hace de igual manera la culpabilidad, y menos feliz es el hombre: es frecuente que al rehuir de los obstáculos del mundo exterior, trate de conseguir la satisfacción de sus impulsos mediante la sublimación, recurriendo al universo de ilusiones o imágenes que, por ejemplo, despierta en su potencialidad el objeto llamado “libro”.

Sin embargo, no todos tenemos acceso a esos bienes culturales y para aquellos pocos para quienes son accesibles, el tipo de placer que van a conseguir es tan leve, que sólo puede servir de refugio fugaz ante el cúmulo de dificultades de la vida.

Este porvenir de una ilusión, Romaní Rolland (1927) lo lleva a su representación más fiel, al menos en lo que respecta al consuelo de saber que si bien el mundo exterior puede impedir la satisfacción natural de los instintos, la práctica cultural de la lectura extiende la función de la conciencia más allá del malestar. Porque el hombre no sólo aspira a la felicidad, sino que no quiere dejar de aspirar a ella. Por el contrario, desea experimentar cada vez más intensas y recurrentes sensaciones placenteras. Sin embargo, la realidad no es fiable. De ahí la tendencia recurrente a dissociarse del mundo exterior. Buscar refugio en los procesos internos psíquicos. Territorio otrora de las ilusiones, el ensueño y la imaginación. La felicidad entonces deviene una cuestión exclusiva de cada individuo en el sentido más limitado: cada uno debe buscar por sí mismo la manera en que pueda ser feliz.

¿Por qué, entonces, al hombre le resulta tan difícil ser feliz? No es fácil evocar la respuesta. Cual dios con prótesis (idea freudiana que nos remite a un dios que requiere de sustentos científicos, religiosos y sociales) el hombre ha construido realidades paralelas (lo virtual es un claro ejemplo de lo anterior) que han modificado no sólo su manera de pensar sino de situarse en el mundo. Las nuevas tecnologías no son sólo instrumentos de comunicación, son también medios de conocimiento, es decir, de construcción de significados

que generan a la vez una impronta educacional en las nuevas generaciones. Y si el hombre como sentencia Giovanni Sartori (2006) es lenguaje —se construye en lenguaje y con lenguaje—, el vacío del medio con su incesante flujo mediático ha desmontado la cultura escrita por una cultura de lo inmediato que en lugar de la reflexión, imita; en lugar de la concentración, divierte.

Ferrarotti (1997) describe al nuevo ciudadano que gracias a los avances de la tecnología audiovisual se mantiene “informado” mediante la televisión, la telefonía celular, la Internet y demás medios electrónicos:

La lectura le cansa [...] Intuye. Prefiere el significado resumido y fulminante de la imagen sintética. Ésta le fascina y lo seduce. Renuncia al vínculo lógico, a la secuencia razonada, a la reflexión que necesariamente implica el regreso a sí mismo [...]. Cede ante el impulso inmediato, cálido, emotivamente envolvente. Elige el *living on self-demand*, ese modo de vida típico del infante que come cuando quiere, llora si siente alguna incomodidad, duerme, se despierta y satisface todas sus necesidades en el momento.

El fin de la cultura escrita, en este sentido, no implica el simple acto de la destrucción de los libros. De hecho, un personaje literario en 1953 (el Bombero Jefe, Beatty, en la novela de *Fahrenheit 451*, de Ray Brad-

bury) nos advierte del peligro de quemar libros sin necesidad de una cerilla ni fuego: cuando el mundo empieza a llenarse de gente que no lee debido a que el bombardeo mediático las ha transformado en seres apáticos e indiferentes.

Es preciso recordar —si es que no se ha intuido ya— que la indiferencia puede venir disfrazada de un sinnúmero de formas entretenidas o divertidas, desde un anuncio televisivo, un corte noticioso, un partido de fútbol o de una sección de videoclips musicales en MTV. No importa la forma sino el contenido.

Si uno llega a escuchar y comprender lo que esto quiere decir: que no se necesita prender fuego a una biblioteca o perseguir a los autores o lectores cuando la gente deja de aprender, de saber, de tener curiosidad, entonces uno —como el caso del legendario personaje de Montag (del mismo clásico de ciencia ficción)— sabe lo que tiene que hacer: ir a sentarse con su hijo, abrir un libro y volver la página.

## Entrevista 2

De profesión ingeniero en alimentos con grado en maestría, Eugenio tiene 52 años y reside en el municipio de Salamanca, Guanajuato. Desde hace ya varios años es maestro de video bachillerato, en alguna comunidad cercana a la cabecera municipal. A pesar de ser reacio a compartir su biografía como lector, sí deja en claro que para él la lectura es un modo de vida, en el entendido de que a través de ella es posible vivir lo que por nuestra condición de seres humanos, no podemos. No obstante, prevalece en él una visión que podríamos señalar como práctica sobre lo que entendemos como proceso lector: “El que quiera aprender, tome un libro y resuelva el problema”.

El caos es lo que domina en lo que respecta a la distribución de su biblioteca personal. Su catalogación sin definir por rubro temático, disciplina o autor se compone actualmente de aproximadamente dos mil volúmenes, cuya procedencia es de varia índole: libros recibidos como regalo; adquiridos en librerías de viejo o de reciente salida editorial. De carácter desprendido, el único método que maneja de descarte es el de regalar aquellos libros que ya no le interesan.

Eugenio no sabe a ciencia cierta si la lectura hace más felices a las personas, pero de lo que sí está seguro es de que puede hacer más conscientes a los in-

dividuos. Su visión de la cultura escrita en el futuro inmediato es alentadora pero un poco ingenua. Si bien el libro como objeto tecnológico ha reinado por varios siglos sin necesidad de electricidad, pantallas o la instalación de un software, aún considera en la actualidad al libro como el medio de formación por excelencia, cuando sabemos que este papel ha sido suplantado por los medios audiovisuales de consumo masivo (léase la televisión y la internet).



# El hilo del Minotauro

Nota del director de la administración penitenciaria dirigida el 28 de julio de 1949 a los señores directores de las circunscripciones penitenciarias:

“Ha quedado prescrito, mediante una circular anterior, que el papel higiénico deberá colocarse en cantidad suficiente a disposición de los presidiarios, con objeto de evitar el deterioro de los volúmenes de la biblioteca.

”Creo que es mi deber recordar estas instrucciones, a las que parece hacerse caso omiso en algunos establecimientos donde su aplicación se enfrenta a inconvenientes de orden financiero.

”Por ello, en caso de que la compra de papel higiénico implicara gastos demasiados elevados, deberán repartir periódicos viejos que no tengan ya ningún carácter actual.”

*L'Ecrou*, núm. 12, agosto-septiembre de 1984.

Ovidio nos relata en la *Metamorfosis* la trágica historia del Minotauro y el Laberinto: con motivo de haber descubierto un horrible adulterio, Minos decide encerrar al extraño monstruo —mitad humano, mitad toro— en los pasadizos de una construcción ideada por el más célebre arquitecto de la época, Dédalo, quien, a su vez, recurrió a la imagen del río de Frigia con su curso ambiguo y ondulante (“tanto fluye, tanto refluye”), con la intención de llenar de confusión los innumerables pasillos y encrucijadas que había edificado, y así volver imposible la salida.

Por su cuenta, Michel de Montaigne, con la pretensión de huir de la vanidad del mundo así como de la fugacidad del tiempo, al cumplir 38 años (el 28 de febrero de 1571), abandonó por voluntad propia los cargos públicos que en aquel entonces ostentaba y todas sus demás ocupaciones, y en un intento de auto apropiación, se dirigió a la biblioteca de su castillo para pasar en ella el resto de su vida.

Al igual que Dédalo, dibujó una serie de círculos concéntricos que corresponden a los límites de su propiedad: los muros de su castillo, la torre donde se eleva la biblioteca, los libros alineados en cinco estanterías circulares, la mesa de trabajo, su propia figura cual Minotauro custodio, y como el núcleo vivo que absorbe todas las energías, la punta de la pluma deslizándose sobre una superficie en blanco.

Esta imagen de la biblioteca a semejanza de un laberinto, así como del bibliotecario como custodio de la misma, se repite una y otra vez a lo largo de la historia de la cultura escrita en Occidente. No hace falta recordar —en uno de tantos pasajes— que en la novela de Umberto Eco, *El nombre de la rosa*, como en su posterior adaptación cinematográfica, se resalta de manera singular el aspecto laberíntico de la biblioteca eclesiástica típica del medioevo.

Ser custodio de los códices en aquella época tenía una carga sagrada. “El cuidado que requería su guarda y conservación ya estaba previsto en las canónicas de la época visigótica. El que guardaba los códices y las reliquias era el funcionario encargado de su custodia, y su nombramiento se hacía con una ceremonia solemne, para realzar a los ojos de las gentes el valor de la ciencia. La comunidad se reunía en uno de los ángulos de la iglesia. El monje elegido dejaba las filas de los hermanos y se postraba delante del abad. Éste, tomando el anillo de los estantes, se lo entregaba al monje diciendo: ‘Sé custodio de los libros y jefe de los escribanos.’ Tras esta breve ceremonia, el nuevo bibliotecario besaba el pie del abad y se retiraba a ocupar su puesto. En adelante la vigilancia de la librería y el escritorio estaban a su cargo.”

Esta encomienda (ser custodio de los libros y jefe de los escribanos) prevalece hasta nuestros días. El biblio-

tecario no sólo es “depositario” de lo que se considera un bien patrimonial de la nación (el acervo bibliográfico), sino proveedor de un servicio público si partimos del hecho (como afirma Silvia Castrillón, 2004) de que leer y escribir son un derecho ciudadano, frente al cual el bibliotecario juega un papel de agente promotor de la lectura. Esto se complica cuando retomamos la imagen del laberinto, porque éste al igual que la biblioteca, se define no sólo por todo lo que la contiene, sino por todo lo que se deja afuera (la comunidad, las figuras asociativas del sector social, el centro de trabajo, etc.). Este doble gesto le otorga una multiplicidad de sentidos. Un laberinto dentro de otro laberinto.

Ahora bien, sabedores del perfil profesional del bibliotecario, su quehacer se restringe al espacio privilegiado donde se reúnen los libros y los lectores. En esa medida, independientemente de sus funciones, lo limitado de sus recursos, colecciones, programas, en lo que concierne a la circulación y al consumo pasivo de información en apoyo, sobre todo, del sistema escolar, se pierde buena parte de su capacidad de influencia en la formación de nuevos lectores, así como la vocación del bibliotecario como un lector crítico y reflexivo, curioso y bien informado que, a través de la escritura, piense y comunique su experiencia. Un bibliotecario en la concepción que aspira Freire (1999) capaz de comparar, valorar, intervenir, escoger y decidir.

La tarea tiene toda la traza de parecer descomunal, en especial cuando hablamos de miles de volúmenes y de su difusión. ¿Por dónde debemos empezar? Nunca como ahora la oferta para leer ha entrado en una fase de crecimiento enloquecido, a través de la circulación de publicaciones en cantidad mucho mayor de cuanto se ha producido en toda la historia de la cultura escrita en el mundo. El lector ha perdido las fronteras que le permitían moverse en un campo de referencias bibliográficas con relativa seguridad. Ya en tiempos de los romanos se vivía una verdadera bibliomanía. Petronio nos cuenta cómo los “nuevos ricos” se jactaban con sus huéspedes de poseer dos bibliotecas, una griega y otra latina. Séneca hace referencia a los que compraban libros por millares pero sin siquiera haber llegado a leer, asegura, los títulos de todos sus libros. Eran meros adornos, complementos de la casa, como cualquier mueble nuevo en la estancia o en la sala del baño. Luciano también se burla de esos lugares de esparcimiento (las bibliotecas) “para los ratones, un asilo para la polilla y un terror de los criados”.

Entonces, ¿cuál es la misión del bibliotecario cuando se menciona la promoción de la lectura en la biblioteca pública? Regresemos por un momento a Montaigne en su biblioteca, a ese desorden que nos describe Jorge Larrosa (2003) y que “tiene sentido por el orden que lo centra, la confusión por la claridad que lo ilumina,

la multiplicidad por la unidad que finalmente recoge”. Porque Montaigne sin ningún empacho se declara no sólo un hombre ocioso —recordemos que la ociosidad es la madre de la lectura—, sino, a su vez, un lector desordenado, hojea los libros sin orden y sin intención, cual lector errante en cualquier biblioteca pública de la actualidad, hasta que por entre esa superabundancia que asemeja un laberinto móvil, encuentra el hilo que lo guía por entre sus propias ocurrencias, por entre los menudos acontecimientos cotidianos, por entre el azar de las lecturas y los impulsos más espontáneos. En el caso de Montaigne, el hilo está conformado por la escritura misma. Es ya un monstruo escribiente, al grado que confiesa: “soy yo mismo la materia de mi libro”.

El quehacer del bibliotecario se centra, precisamente, en brindar a cada lector las herramientas que le permitan tejer su propio hilo que lo guíe por entre los demasiados libros (Gabriel Zaid *dixit*). En la Antigüedad clásica existía ya la costumbre conocida entre los griegos, y muy difundida por los romanos, de las “recitaciones” o lecturas públicas. Así, el rol de bibliotecario, en primera instancia como lector, es la de preguntarse cuál es el verdadero valor de los libros en el momento que se pretende fomentar la lectura. Retomando a Silvia Castrillón en *Lectura: educación y democracia*, la lectura debe permitir la reflexión, el autoconocimiento, y el conocimiento y la aceptación del otro. Leer es

pensar, y tiene que ver con un mejoramiento en la calidad de vida, no porque se considere a la lectura como un artículo de primera necesidad, sino porque es útil. Es la mejor herramienta que se conoce que nos permite cambiar nuestras condiciones socioculturales, por difíciles que parezcan.

Para Borges, el libro “es una extensión de la memoria y de la imaginación”. No la memoria y la imaginación, sino un medio para llegar a la memoria y la imaginación. En el mismo tenor, la biblioteca encarna esa memoria colectiva, subordinada a la lectura y puesta a su servicio. La supuesta crisis de la cultura contemporánea reside al parecer en que el lector no encuentra asidero alguno en el sinnúmero de pasadizos que se abren ante él, y que toman la forma de los anaqueles de nuestra biblioteca.

Así, esa frágil experiencia que es la lectura —de la mano del bibliotecario, no del custodio, sino del guía— le permite al lector apropiarse de lo que está recogido, guardado. El hilo a través del cual podemos encontrar la salida.

En este sentido, la experiencia de la lectura, la experiencia del libro, tiene que ver con la apropiación de la palabra: el reconocernos y celebrarnos mediante el habla. No obstante, la biblioteca ha dejado de ser en la actualidad un espacio privilegiado. El libro, por su parte, ha abandonado su función anteriormente exclu-



siva de transmisor de conocimientos. En suma, tanto la biblioteca como el libro están desacralizados.

De igual manera, la experiencia de la lectura como experiencia de formación, como apropiación de nuestra identidad significa, entonces, apropiarnos de nuestra propia experiencia lectora. Y la biblioteca, en su calidad de espacio habitual, ordinario y profano, puede ser la extensión de dicha experiencia.

Así pues, palabras claves como biblioteca, libros, lectores, lectura y formación, que para algunos pueden sonar anacrónicas, en un poema de Roberto Juarroz nos llenan de posibilidades:

También las palabras caen al suelo  
[...].  
Pero hay algunas que permanecen caídas  
y a veces uno las encuentra  
en un casi larvado mimetismo,  
como si supiesen que alguien va a ir a recogerlas  
para construir con ellas un nuevo lenguaje,  
un lenguaje hecho solamente con palabras caídas.

Hagamos entonces que nuestras bibliotecas sean,  
con esas palabras caídas, espacios para la lectura.

### Entrevista 3

Heriberto (35 años) es originario de Ocampo, municipio al norte del estado de Guanajuato, y que colinda con San Luis Potosí. Lleva diez años como bibliotecario en una Biblioteca Pública Municipal en esa localidad, a pesar de contar con un nivel de estudios hasta la preparatoria.

En su historia lectora recuerda que su afición por la lectura inició a través de cuentos que las maestras de preescolar y primaria relataban, así como las historias que sus padres narraban a sus hermanos y a él. De ahí su afición desde temprana edad por adquirir los cuentos clásicos de los hermanos Grimm y Hans Christian Andersen, además de historietas y otros textos de carácter lúdico y de fácil comprensión. Esto lo llevó a ser también lo que él considera un “buen usuario” de biblioteca, pues no sólo asistió a consultar para apoyo de las tareas escolares, sino para leer y solicitar libros en calidad de préstamo a domicilio.

Heriberto considera que las bibliotecas públicas antes de ser lugares para cubrir necesidades de información, son centros de lectura. En el mismo tenor, para él, un bibliotecario es un profesionalista (aunque él no cuente con un título en bibliotecología), cuyo objetivo principal es la de fomentar el hábito por la lectura.

Reconoce, no obstante, que esta competencia no es extensiva a todas las personas que laboran en una biblioteca, debido, sobre todo, a que no tienen en muchos casos el perfil adecuado, o como él nombra “actitud y aptitud” ante un compromiso de servir a la sociedad.



La escritura: una forma de  
compartir el paso del tiempo

Cuando escribo con mi punzón en la tablilla de barro,  
ya no importa la hondura de los trazos. Escribas con  
fuerza o sin ella, torpemente o con destreza, cada quien  
buscará los sonidos habituales, las palabras conocidas.

*Anónimo Sumerio. Circa 2350 a.C*

Debo confesar que antes que ser escritor me considero un lector. Acaso porque me gusta más escuchar que hablar. No obstante, cuando uno tiene la ocurrencia de expresar sus pensamientos, emociones, sus eternos temores y sus dichas fugaces; ese afán por comprender y ser comprendido por medio de símbolos gráficos, uno siempre empieza con unos cuantos brincos y luego un gran salto.

Así pues, primero los pequeños saltos:

A partir de cifras y nombres tomados de la Biblia, Usher, arzobispo de Canterbury, y el Obispo de Londres, en 1636 calcularon la fecha de la creación del hombre: el 2 de octubre de 4004 a.C. Este dato se publicó y pudo leerse en todas las Biblias que se publicaron en aquella época, y la fecha se impuso también en Francia y Alemania.

En un día de verano, pero ahora del año 1868 (la fecha exacta ya no puede comprobarse por más esfuerzos que se hagan), un cazador, que había perdido a su perro, empezó a excavar y vio que bajo la tierra se hallaba una gruta. Años después, un paleontólogo acompañado de su hija María, chiquilla de doce años, realiza un recorrido al interior de la gruta con la esperanza de encontrar algunos utensilios. Mientras el padre examina unas piezas que acaba de desenterrar, la niña corretea divertida por ese estrecho pasillo subterráneo. De pronto, levantó la mirada hacia lo alto

de la cueva y gritó: “¡Papá, mira, toros pintados!”. Su padre miró hacia arriba y vio entonces todo el techo —de cuarenta metros de largo— cubierto con pinturas en rojo, negro y marrón. Se quedó atónito, boquiabierto, maravillado. No se conocía entonces nada semejante; nada comparable. Todo fue tan nuevo, tan inesperado, que no pudo articular palabra. Aquella niña curiosa fue el primer ser humano del mundo moderno a quien le fue dado ver las primeras pinturas de la época glacial.

La cueva no se encuentra entre montañas ni entre rocas, y no domina el panorama, pues se localiza en una llanura. Nadie podía verla, nadie sabía de ella ni conocía su entrada. La antigua boca, por la que seguramente penetraron en ella los hombres de la prehistoria, aún hoy es desconocida. A finales de la Edad del Hielo, al fundirse los glaciares y desbordarse sobre la tierra los grandes ríos —en lo que la Biblia y otras culturas conocen como El Diluvio— la entrada quedó sumergida. El nombre de esta caverna es el de una pequeña elevación de las cercanías, desde la cual se dice que uno logra tener una bella vista de los alrededores: Altamira.

Se trata, pues, y como ya es del conocimiento de todos, de figuras creadas por el hombre en mitad de la época glacial, hace 40 000 a 30 000 años. Diez veces más antigua que la fecha consignada por la Biblia como origen del mundo.



Esta necesidad por dejar testimonio sin importar el soporte en que se realice, nos ha permitido continuar con este recorrido que iniciamos hace más de cincuenta siglos, y que va —en cuanto a la palabra escrita— de las tablillas de boj a la pantalla del blog, de la oralidad al ciberespacio.

En griego *byblos* y en latín *liber* significaban originalmente “corteza”, pues en cortezas de árbol escribían nuestros antepasados, como también lo hicieron en huesos, en conchas de tortuga, en cañas de bambú hendidas; en hojas de palmeras, tiras de cuero, lienzos de seda, tallos de papiro, tablillas de arcilla, de madera o de marfil.

En el año 105 d.C. un chino llamado T’sai Lun mezcló cortezas vegetales como la fibra de morera, restos de tejidos de algodón, redes de pesca y, en fin, cuantos ingredientes creyó adecuados e inventó lo que conocemos como papel.

El resto es historia. En la actualidad, hemos sustituido en parte esa vieja receta por el ancho e infinito mundo de lo virtual. Los soportes no sólo han variado, sino literalmente han desaparecido. Sin embargo, la cuestión sigue siendo la misma: “¿Por qué se escribe?”. Acaso porque el entorno de la cultura escrita inicia con uno mismo para después extenderse hacia los otros. De hecho, la pregunta “¿quién soy?”, deviene, “¿quiénes son los que me escuchan?”. Así, la ecuación es por de-

más simple: soy el hacedor de textos, el narrador y su primer lector.

Otro pequeño brinco:

Tengo una pequeña sobrina de ocho años que responde al nombre de Sofía. Hace apenas un par de meses, fuimos juntos al cine. Al parecer le encantó la película. Una de esas historias llenas de aventuras que tanto fascina a todo el mundo sin importar la edad del espectador. Ya de regreso, platicábamos sobre las hazañas y desventuras del protagonista, mientras Sofía sin cesar y como cualquier niño o niña que se precie, me interrogaba sobre un sinnúmero de cosas, muchas de las cuales apenas yo encontraba alguna respuesta que sonara por lo menos no tan disparatada. Pero el meollo del asunto no eran mis improvisadas respuestas, sino las preguntas de esa pequeña traviesa. Y no era tanto la naturaleza de las mismas, sino la manera de formularlas: “Me pregunto”, iniciaba Sofía, y a continuación arremetía contra mí. Si a simple vista pareciera una más de las muchas maneras de interrogar, el “me pregunto” que antecedió a su cuestionamiento guarda un sentido más amplio, más profundo. Y pienso que no tan distante de quien se dedicó a pintar hace mucho tiempo el techo de una cueva. ¿Quién de nosotros, aunque sea de manera inconsciente, no ha llegado a pensar en voz alta, con una voz apenas audible: “Me pregunto”?

Ahora el gran salto:

Se menciona que cada uno de nosotros conlleva una historia lectora. Pienso, más bien, que somos historias personales construidas de otras tantas historias que escuchamos y leemos, de vivencias compartidas o experimentadas en la soledad sonora, la música callada que vislumbró San Juan de la Cruz. Historias en permanente construcción, con acciones en tiempo pasado, lo que hemos dejado atrás, o con el verbo en futuro, lo que está por venir; pero siempre en presente. Porque cuando escribimos lo hacemos desde el “ahora”. Un presente antediluviano, plasmado en las paredes de una cueva. Un presente sagrado que acompaña desde hace miles de años a los faraones momificados como es el caso del *Libro de los muertos*. Un presente como el que ahora compartimos. Somos, por tanto, historias compartidas. ¿O no es así cuando recomendamos un libro? ¿Cuándo escribimos un correo, un poema, una receta de cocina, un memorandum en la oficina, o lo que nos aconteció en la jornada en el diario personal?

Somos escribas sin remedio: contadores de historias. Algunas de ellas reales, otras ficticias. Existen escritores que se mueven en mundos puramente fantásticos, en el territorio de las alegorías o en el bosque de las hadas, en un planeta de animales parlantes y de gente que vuela. Para otros, la realidad es la materia prima de lo que acontece. No importa. No pode-

mos dejar de contar, de narrar, de escuchar. Porque el sentido de quiénes somos, sólo es posible a través del discurso. La palabra nos identifica, contando nuestras propias historias es como nos damos a nosotros mismos una identidad, nos dice Ricoeur.

Mediante la escritura es posible enterarnos de cómo nos leemos, cómo nos leen. Y quizá la mejor manera para iniciarnos en esta aventura es aprender a escucharnos, a contarnos a nosotros mismos. Porque hablar es oírse hablar. Uno es el primer lector de sí mismo.

Mucho se habla del fin del libro, de la desaparición de la cultura escrita. Que estamos en la era de la imagen por aquello totalmente falso de que una imagen dice más que mil palabras. Si no, cuántas imágenes les despierta la siguiente frase: El techo de las ballenas.

Sí, es cierto, cual *homo videns* estamos inmersos en un bombardeo constante de imágenes: la gente no lee, no aprende, no sabe. En lugar de ejercitarse en algún deporte o actividad recreativa, prefiere ser espectadora pasiva ante la pantalla chica; en lugar de escuchar, bailar o simplemente disfrutar de cualquier género musical, es necesario que esta experiencia sea mediante un video de MTV. Tenemos cientos de pantallas interactivas instaladas en igual número de escuelas públicas, pero no sabemos qué hacer con unos libros sobre aventuras de héroes reales y ficticios, de números y ecuaciones, de fonemas y morfemas, de educación

sexual; o aquello de que si no aparece en el noticiero nocturno, no merece nuestra atención y, por lo tanto, no existe.

Pero no todo está perdido. Así como un pequeño habitante de las cavernas pudo plasmar su mano hace decenas de miles de años, no con una intención estética, sino con un deseo por compartir su historia; nosotros apelemos, de igual manera, a esa primera frase de la *Metafísica* de Aristóteles, que dice: “Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber”. Y construyamos de entre un sinnúmero de historias errantes, la historia común que nos permita, diariamente, aunque sea sin saberlo, compartir el paso del tiempo.

Vale, entonces, responder a la pregunta: ¿para qué se escribe? Escribo para averiguar quién soy. Para descubrir como lo hizo Rafael Alberti:

Un papel desvelado en su blancura.  
La hoja blanca de un álamo intachable.  
El revés de un jazmín insobornable.  
Una azucena virgen de escritura.

El albo viso de una córnea pura.  
La piel del agua impúber e impecable.

El dorso de una estrella invulnerable  
Sobre lo opuesto a una paloma oscura.

RAÚL BRAVO FERRER

Lo blanco a lo más blanco desafía.  
Se asesina de cal los carmesíes  
Y el pelo rubio de la luz es cano.

Nada se atreve a desdecir el día.  
Mas todo se mancha de alhelíes  
Por la movida nieve de una mano.

## Entrevista 4

Víctor (56 años) es escritor, editor y autor de poesía, ensayo, narrativa y drama. Originario de Ciudad Juárez, Chihuahua. Vive, actualmente, solo, en San Miguel de Allende, Guanajuato. Su biografía como lector es abundante en referencias personales y bibliográficas: Desde las primeras letras inscritas —según recuerda— en unos cubos con colores azules y rosas; su familia, entre la tradición cultural y la modernidad; el jardín de niños lleno de rondas y cantos infantiles; el primer grado de su instrucción escolar con libros de cuentos para niños, luego los libros de lectura y la lengua nacional; los versos de Becquer, en secundaria; y *Poesía en movimiento*, en preparatoria.

Así las cosas, considera como afortunado su primer acercamiento con la cultura escrita, al grado de acuñar la frase: “leo, luego existo” como emblema de su labor. No sorprende, entonces, que para él, un escritor sea por naturaleza un promotor de la lectura: “Porque el que escribe habla con voz propia y el que lee, habla consigo mismo y con el otro”.

En clave de lector, la selección que realiza de los textos por leer es por campos de influencia (temáticos, semánticos y lúdicos), aunque está consciente del corto tiempo de vida y el largo tramo por leer. De ahí que disfrute cada género según una necesidad vital propia.

En lo que concierne a las funciones o usos sociales de la literatura, cita a Borges cuando éste afirma que el libro es una extensión de la imaginación y de la memoria. En cuanto al gremio de escritores, Víctor los aprecia como creadores a través de la palabra: “retratistas utópicos, críticos, aduladores, pero siempre necesarios”.

Procura trabajar en su estudio, amueblado con un escritorio y un sillón cómodo bajo una lámpara encendida, sin que falte una aromática taza de café. Su biblioteca, un proyecto y un trabajo en proceso. No distingue diferencias sustanciales entre la comunidad de escritores y la de los posibles lectores, entre la cultura del libro y la lectura.



# La lectura y la vida



La vida siempre está en otra parte. Así define Marcel Proust ese estado de conciencia que durante su infancia vivió acompañado por su libro favorito: “con los ojos todavía fijos en algún punto que en vano hubiéramos buscado dentro de la habitación o fuera de ella pues está situado a una distancia anímica, una de esas distancias que no se miden por metros o por leguas, como las demás, y que es por otra parte imposible confundir con ellas cuando se mira a los ojos ‘perdidos’ de aquellos que están pensando ‘en otra cosa’”.

De este modo, la lectura deviene viaje estacionario en busca del tiempo perdido. El tiempo de la lectura no decepciona; la realidad, al parecer, siempre lo hace. Habrá que mudar el día en noche, suplir eso que falsamente llamamos vida por lo que consideramos como verdadera vida: la experiencia de la lectura, o eso es lo que piensa el escritor francés.

Experiencia que, en la práctica —lo sabemos— se topa con el principal obstáculo para cualquier lector: el tiempo que se le dedica a este quehacer. Porque leer requiere de tiempo. Si consideramos que la experiencia lectora puede sustituir al hecho mismo de vivir, corremos el riesgo de llegar a olvidar que la lectura es sólo una herramienta más para acrecentar nuestras experiencias vitales pero no es su fin el hecho de sustituirlas.

Experiencias lectoras no para evadirnos de la vida, sino, por el contrario, para acercarnos a ella; no para

contemplar los problemas, sino para reflexionar en torno a ellos; no sólo como divertimento, sino para aprender a discernir; no para escuchar las voces de los demás, sino para empezar a compartir nuestra propia opinión; no como forma de escape sino como asidero de la vida misma.

De vuelta a la coyuntura entre la lectura y el tiempo que se le dedica, imaginemos por un instante que estamos frente a una estantería, en la cual se han colocado todos los libros que hemos leído, aquellos que actualmente estamos leyendo, y los que leeremos durante el resto de nuestra vida. Pues esta biblioteca personal de cualquier lector promedio no sería rebasada en mucho por la de alguno de los que se autodenominan lectores profesionales.

Esto, por supuesto, contrasta mucho con la oferta que tenemos en este preciso momento para leer, sin contar con lo que en el futuro se publicará sólo en nuestra lengua materna. Para muestra, las siguientes cifras: en 1975 fueron producidos en el mundo 572 000 títulos; en 1980, 715 000; en 1983, 772 000. Tan sólo en Japón se producen casi 40 000 títulos al año, mientras en Iberoamérica se alcanza la cifra de 100 000. ¿Cuántos libros, de este universo, puede leer en el lapso de su existencia un lector consumado?

Esta inmensa producción editorial convertida en industria cultural pone a disposición del público lec-

tor productos o mercancías (libros) para todos los gustos. Así, tenemos desde literatura de entretenimiento, clásicos en ediciones modernizadas o abreviadas, ensayos filosóficos, de divulgación científica o sobre temas políticos, hasta recetarios, recopilación de chistes, cómics, poesía, novela histórica, del género policíaco, best-sellers, ciencia ficción, pasatiempos, guías de viajes, novela rosa, y un largo etcétera.

Esta problemática de la lectura y el libro desdibuja al lector tradicional, individualizado en su práctica, por un modo de lectura de masas que lee no por una determinada inclinación intelectual (un deber de estar informado y formado por la cultura escrita), sino influida por una feroz y permanente campaña mediática que no se contrasta con cualquiera otra que promocio- ne el consumo de alimentos, muebles, decoración de interiores, ropa, electrodomésticos, automóviles, entre otros.

No obstante el incremento de un sinnúmero de “productos” para leer, ¿corresponderá éste a un aumento de la actividad de lectura? De entrada, pareciera que existen en el mundo globalizado muchos más lectores que como nunca en los siglos pasados, pero en el mismo tenor el número de personas analfabetas es mayor. Pareciera que cada vez más carecemos del tiempo necesario para leer. El hombre ocioso, a la manera de Michel de Montaigne, quien se vanagloriaba de serlo,

ya no tiene cabida en el mundo actual. La vida pública y privada han llegado a racionalizarse al grado de que ahora estructuramos nuestras actividades con el reloj en la mano, cuando nuestros antepasados lo hacían mediante el ritmo natural que imponía la noche, el día y las estaciones (Young, 1988). Lo curioso es que en plena revolución de la información nos ahogamos en la ignorancia. Para complicar aún más el asunto, la lectura ya no es más el principal instrumento de culturalización del hombre contemporáneo. Los medios electrónicos, sobre todo los audiovisuales, han asumido el rol de vehículos de información y formación colectivas. Por si esto no fuera suficiente, Markoff (1988) se aventura al afirmar que en un futuro cercano la mayor parte de la información que tienen las bibliotecas podrá “leerse en una máquina”.

Así las cosas, lo primero que aprende quien se precie de ser buen lector es que cuanto más lee, más se quedará por leer. Este vértigo ante la infinita vastedad que conforman todos los libros que se han escrito desde el origen de la cultura escrita, se ve reflejada por los miles de libros que no sólo se exhiben en los escaparates de las librerías, en los anaqueles de una biblioteca; sino por los que son destruidos porque no se vendieron, por un incendio, una inundación; pero, sobre todo, por los que por la circunstancia que sea, jamás leeremos. La lectura y la vida son caminos que no siempre confluyen.

## Entrevista 5

Carmen de 59 años ha sido narradora oral escénica, bibliotecaria, bailarina de danza folclórica, profesora, actriz y promotora de lectura. Como vendedora confiesa muy orgullosa: “Yo vivo de los libros y de su lectura”.

Nació en Cortazar, Guanajuato, pero su vida se ha desarrollado profesionalmente en la vecina ciudad de Irapuato. En el ámbito cultural de la entidad, se le reconoce como fundadora y organizadora de varias de las ferias de libro y festivales de lectura en diferentes municipios.

Por su profesión como promotora de lectura, ha viajado por invitación por varios países de América del Sur. Ha impartido un sinnúmero de cursos y talleres en casas de cultura, bibliotecas públicas municipales y centros educativos.

Su padre y abuela paterna fueron grandes lectores y quienes iniciaron en ella el gusto por la cultura escrita. Recuerda que siempre hubo libros en la casa familiar, y que por lo mismo, cuando los trae a la memoria es siempre con un libro en la mano.

Carmen señala que si bien los vendedores de libros se enfrentan día con día con varios problemas (las sucesivas crisis económicas, los libros “pirata”) no queda sino reconocer que los librereros son perso-

nas que ofertan al público libros, así que a la mayoría sólo les interesa “vender”, y no el gusto por la cultura escrita.

Entre los géneros que más le agradan como lectora consumada de manera indistinta se encuentran la novela, el cuento, la poesía, las ciencias, el arte y la recreación. Pero independientemente de que el género narrativo es el género que mayor número de ventas arroja, también vende manuales de mecánica, para aprender guitarra sin maestro, de carpintería, para cría de animales, cocina, entre otros.

Para finalizar, lanza la siguiente sentencia que de alguna manera engloba el concepto que maneja sobre la relación entre el lector o lectores y los libros: “El consumidor compra lo que sea; el lector, selecciona lo que le gusta o lo que le sirve.”



# Lectura y democracia

¡Qué extraño es lo mismo!

Descubrir lo mismo.

Llegar a lo mismo.

“Elogio de lo mismo”, Gabriel Zaid

## Liminar

En el momento preciso que escribo estas líneas un sinnúmero de personas salen a la cacería de la experiencia más inmediata: una pareja entra en el videoclub de su barrio con la intención de rentar el último éxito de la industria cinematográfica hollywoodense; al mismo tiempo, en un café internet, un adolescente fantasea —frente a una pantalla— que tiene una relación virtual con una desconocida al otro lado del mundo; a unos pasos, a resguardo de miradas indiscretas, otro joven recorre sitios en la red dedicados a la pornografía; mientras, en el exterior de un teatro, varias personas están haciendo fila en espera para entrar y presenciar algún espectáculo, concierto o película; o están a punto de saltar desde el puente más alto, el edificio más alto o la montaña más alta como otra actividad más de lo que conocemos como turismo de aventura.

De la misma manera, se menciona hasta el cansancio que vivimos o “padecemos” una sociedad de la información. No obstante, cada día se generaliza más la opinión de que a la par del consumo voraz de datos, se presenta un consumo a la alza de estímulos o excitaciones igualmente fugaces y efímeras. Estas “experiencias” nos son “vendidas” como productos o mercancías en diferentes formatos: embotelladas en envases de refresco de una marca por demás conocida, en discos

compactos de un anónimo cantante del momento; en revistas de chismes sobre el mundo del espectáculo; en paquetes todo pagado para disfrutar del sol y la playa; en cambios de look con todo e implantes; en dosis de alguna droga sintética; en frases publicitarias plasmadas en anuncios espectaculares; o escritas en un objeto llamado “libro”.

Empero, para que una verdadera experiencia sea posible, esa unidad entre vida y pensamiento, es preciso estar consciente de “lo que nos pasa”. Jorge Larrosa lo dice de una manera más clara y directa: “La experiencia es lo que nos pasa, o lo que nos acontece, o lo que nos llega. No lo que pasa, o lo que acontece, o lo que llega, sino lo que nos pasa, o nos acontece, o nos llega”.

Cabe preguntarnos, entonces, ¿por qué si en nuestro mundo nunca han pasado tantas cosas, la experiencia es cada vez más rara? ¿Por qué no nos suceden “cosas” y cuando nos suceden no somos conscientes de ellas? María Zambrano, en *Notas de un método*, nos propone hacer posible la experiencia, es decir, la vida dotada de un cierto sentido: “La experiencia precede a todo método. Se podría decir que la experiencia es ‘a priori’ y el método ‘a posteriori’. Mas esto solamente resulta valioso como una indicación, ya que *la verdadera experiencia no puede darse sin la intervención de una especie de método* [las cursivas son mías]. El método ha debido estar desde un principio en una cierta y determinada

experiencia, ya que por virtud de aquél llega a cobrar cuerpo y forma, figura. Mas ha sido indispensable una cierta aventura y hasta una cierta perdición en la experiencia, un cierto andar perdido el sujeto en quien se va formando. Un andar perdido que será luego libertad”.

Esa posibilidad de que algo nos pase requiere acoger la vida de otra manera. La experiencia lectora es algo similar. Leer tiene “sentido” porque nos hace pensar, sentir, escuchar la vida desde otros ojos, otros oídos, desde otras formas de asumir la existencia siendo ésta, en el fondo, la misma. Por eso, lo expuesto en este texto en lugar de animar al promotor de lectura en su afanosa incursión en la cultura escrita, está más bien dirigido al lector, cuya afición por la palabra, esa fascinación por lo que nosotros hacemos con las palabras, lo que las palabras hacen con nosotros, tiene incidencia, además, con compartir esa experiencia, la suya, “lo que le pasa”, con los otros.

Sabemos que gestión es hacer, provocar, encaminar. Hacer que las cosas sucedan. Pero para que el promotor cultural (en este caso de lectura) esté consciente de “lo que le pasa” y “lo que nos pasa” es necesario que se detenga. Pensar más despacio, mirar más despacio, escuchar más despacio le permitirá generar procesos que brinden experiencias verdaderas y satisfactorias frente a interrogantes generales sobre qué es leer y para qué sirve.

Parafraseando una sentencia que Pierre Bordieu dejó escrita, ésta podría sonar así: la ausencia de lectura se acompaña, generalmente, de la ausencia del sentimiento de esta ausencia.

Este es el tamaño del reto: la lectura para la vida, lectura de la diferencia, de la complicidad. Porque lo importante no es la lectura por sí misma. El fin son los lectores: su vida.

### **Leer la cultura**

Alguien dijo en alguna parte que todo hecho humano es “culturalmente culpable”. Entonces, nada más cierto que lo que menciona Aldous Huxley respecto a que “somos víctimas y beneficiarios de nuestra propia cultura”.

Repensar la problemática de la lectura —qué leemos y por qué—, nos lleva por necesidad a profundizar en los distintos niveles de tal acción cultural. No obstante, la noción de cultura ha presentado sin remedio una constante evolución histórica. Ya en 1952, Kroeber y Kluck Hohn publicaron un libro (*Culture. A critical review of concepts and definitions*), en el cual registraron 164 definiciones de cultura, y clasifican dichas acepciones en seis grandes grupos de la antropología social: descriptivas, aquellas definiciones que presentan la cultura como “ese todo complejo que incluye conoci-

miento, creencias, arte, moral, ley, costumbres y todas otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre en tanto perteneciente a una sociedad determinada” (Edward B. Taylor); históricas, cuyo énfasis recae en la herencia cultural; normativas, la cultura como orientadora de conductas; psicológicas, como manifestación de comportamientos; estructurales, la cultura vista como signifiante universal; hasta llegar a los tiempos actuales con nuevas definiciones e interpretaciones de cultura como recurso (George Yúdice), reserva disponible o como catalizador del desarrollo humano, producto de su relación no reciente sino percibida con la esfera política y económica. En otras palabras, la cultura como práctica o, debería decir, prácticas.

Esta diversidad de expresiones deriva a su vez en un sinnúmero de políticas y discursos de la animación sociocultural que son posibles de englobar en dos grandes ejes: aquellos que piensan que la cultura es “algo ya establecido” y que por tanto es preciso acercar/llevar/mostrar a la población. De allí surgen las políticas centradas en la difusión cultural que, en el caso específico de la promoción de lectura, podemos sintetizar en una sola frase célebre: dar de leer. Esta visión vertical y unilateral se contrapone a ese otro eje que reconoce el pluralismo cultural al repartir “en forma equitativa entre los diversos grupos sociales los espacios y recursos de la cultura para que puedan desarrollar su propia

cultura” (Adolfo Colombres). Esta cultura que podemos nombrar como democratizada, busca de una manera más clara: QUIÉN (grupo o sector social) DECIDE y SOBRE QUÉ (elementos culturales) DECIDE. Su campo, a diferencia de la anterior visión patrimonialista, es el campo de “LO PROPIO”.

Del mismo modo, al referirnos a la “globalización”, se tiende a identificarla de manera exclusiva como una serie de procesos de intercambio económico (políticas de regulación comercial y de producción, acuerdos sobre aranceles, promoción de inversión nacional y extranjera, derechos de propiedad intelectual y otras cuestiones de hábitos de consumo), que coloca los aspectos políticos, ecológicos y sociales en un segundo término, pero abandona por completo su dimensión cultural, es decir, al conjunto de prácticas o costumbres que conforman la vida cotidiana, cuando el futuro de las identidades nacionales (sea lo que sea que entendamos como identidad nacional) —para bien o para mal— tendrá relación no sólo con la preservación y administración del patrimonio histórico artístico cultural: sitios históricos, arqueológicos, museos, obras de arte (visión patrimonialista de la identidad), sino con los bienes e industrias culturales: libros, música, industrias como radio, televisión, cine; así como con la formación de creadores, públicos, consumidores, lectores, usuarios; en resumen, ciudadanos. La globalización deviene di-



fusor de los procesos simbólicos que a su vez impulsa la economía y el quehacer político.

Surge, entonces, la pregunta sobre la naturaleza de este nuevo ciudadano y dónde se inserta en la recomposición de las culturas nacionales, cuando éstas no son uniformes ni cuentan con los mismos escenarios. La diversidad de identidades culturales cuenta con residencia permanente y las instituciones del sector parecen desbordadas ante lo que podríamos nombrar un fenómeno multicultural, en donde las culturas nacionales ya dejaron de ofrecer un rostro uniforme. Esta nueva sociedad requiere de una nueva integración cultural; pero, lamentablemente, las instituciones aún no representan de manera adecuada esta nueva existencia sociocultural. Porque en el caso de los lectores, éstos no emergen de la nada, sino de escuelas, facultades, bibliotecas, salas de lectura y del propio hogar. Es cierto: decir que los lectores tienen la última palabra en cuanto a lo que merece circular en forma de material de lectura es una verdad engañosa, pero resulta que carecemos de equilibrio entre el interés público y lo que el Estado piensa que es su misión en la formación de lectores.

Esto nos lleva a lo que con acierto Graciela Montes reflexiona en torno a lectura y poder. En sociedades como la nuestra, con enormes desigualdades en la apropiación de bienes culturales, no cabe la menor

duda de que la lectura tiene que ver con la noción del poder. Quien opine lo contrario sólo percibe la lectura como algo inocuo, adorno que nos brinda prestigio intelectual y, en consecuencia, sirve de escalafón social, o, por otra parte, funge como otro entretenimiento más. De aquí se deduce que si la lectura es poder, ésta debe ser mantenida bajo control. “Ponerse a leer” significa asumir una actitud, tomar una decisión. De vuelta con Graciela Montes, ella menciona que “el que lee no está ‘pegado a las cosas’, se ha despegado de ellas... pega un salto, descrece de lo automático, siente perplejidad, curiosidad..., busca indicios y, encontrados los indicios, tiene la audacia de construir pequeñas ciudades de sentido, pequeños universos que habita durante un tiempo, sin enraizar definitivamente en ellos porque habrá que seguir leyendo”. El lector está siempre insatisfecho. Un lector lee, y al leer cuestiona. Una lectura viva es una lectura rebelde, por lo que se requiere de lectores desobedientes. Lectores que al leer, lean de otra manera.

Así pues, si la lectura es una de tantas prácticas culturales o recursos para alcanzar un fin, esto implica, sin lugar a dudas, una toma de posición, una acción política. La lectura no puede ser considerada, y menos asumida, como un acto neutral si su naturaleza tiende a consolidar la participación activa de la ciudadanía.

En los tiempos actuales, la lectura ya no como concepto, sino como accionar, oscila entre aquellos promotores de lectura que optan por la lectura de escaparate: la lectura como moda, espectáculo; la lectura por el simple hecho de leer: leer a toda costa, sin importar siquiera que se tenga que sacrificar la esencia o naturaleza de la propia lectura (la reflexión), y aquellos otros promotores culturales (qué es un promotor de lectura sino un promotor cultural) que viven un regreso a la lectura viva, regreso a los ciudadanos, creadores de su destino personal y colectivo. Esto es, una lectura —como la nombraría Toni Puig— de la creatividad y la cohesión ciudadana. Porque qué es la lectura sino “cosa de los ciudadanos”. De los ciudadanos y con los ciudadanos.

Por lo tanto, el promotor de lectura debe recordar y, por qué no, hacernos recordar que la lectura ante todo es un valor cívico. Lectura que parte “desde y con la cultura”: desde y con los ciudadanos. Son ellos quienes desean, necesitan, buscan y proponen. Si la lectura es un actuar, éste debe darse con base en ideas generadoras, sensibilizadoras, en búsqueda permanente de sentido.

Escuchar, hablar, leer y escribir son habilidades y competencias fundamentales para lograr un proceso de comunicación integral con un enfoque en permanente construcción de significación y sentido. Porque de qué sirve leer si no sabe uno comunicarse.

## Los otros libros y los otros lectores

Silvia Castrillón en su ya mencionado ensayo *Lectura: educación y democracia*, hubiera podido decir que la lectura sirve para el diálogo y la comunicación. Una lectura para el descubrimiento de las potencialidades de cada individuo, y capaz de desarrollar estas potencialidades. Una lectura que forme y respete la autonomía. Que permita descubrirnos como ciudadanos de un país sin renunciar a ser ciudadanos del mundo. Una lectura apasionada por la ciencia, y no por eso menos alegre. Una lectura que retome sus principios humanísticos. Que coloque al ser humano en el centro de las preocupaciones y que lo trate como sujeto.

En consecuencia, la lectura conlleva una vocación democrática, y tiene que ver con un mejoramiento en la calidad de vida, no porque leer resuelva una distribución de la riqueza más justa y equitativa, sino por ser un medio que genera posibilidades de actuar en el mundo. Marcia Abreu sentencia que quien entra en contacto con un texto siempre está envuelto en cuestiones culturales, políticas, históricas y sociales.

Sobre este punto, es posible afirmar que el lector es un ser ético y político. Si la lectura, como se ha señalado, implica elección y acción, es por tanto necesariamente política. No obstante, se menosprecia intervenir en el mundo. Se piensa que el lector debe sólo disfrutar

la cultura escrita sin asumir una postura a favor o en contra de algo, acaso porque la política se ha ganado la fama de lucrar para fines particulares. El pensamiento político no requiere saber cómo se hacen las cosas, sino por qué.

Se habla mucho de leer la realidad. Para ello, se requiere de ser crítico y reflexivo para comprender, pero, sobre todo, para construir puentes entre el pensamiento y la acción. Si la lectura es considerada una actividad inútil, ¿cuál es el valor de dicha práctica en un contexto dominado por los medios masivos de comunicación, en donde el ciudadano es antes que nada consumidor? La lectura requiere de muchas horas libres. Contemplar exige ocio (Roland Barthes). Según confiesa Michel de Montaigne en el ensayo *De la ociosidad* el proyecto general de su obra nace, precisamente, del ocio y del reposo al que se aplica en su retiro voluntario. Quietud, seguridad y reposo lo alejaron de la vanidad del mundo para consagrarse en la libertad de su retiro. Semejante a un viajero estacionario, vive, alrededor de sus libros, como conviene saber vivir uno mismo, en sí mismo y para sí mismo.

Este estadio al que se refiere Montaigne es un estadio en constante movimiento, pero, a la vez, refrenado y constreñido en labor concreta, y para ello se vale de la imagen de un jardín abandonado: “Como vemos los terrenos baldíos, si son fecundos y fértiles, tupirse con

cien mil clases de hierbas silvestres e inútiles, y que, para hacerlas provechosas es preciso cultivarlas y emplear detenidamente semillas para nuestro servicio”.

Harold Bloom ha dicho de Montaigne que cuando habla de sí mismo en los *Ensayos* no representa al “hombre medio” sino a casi todos los hombres que tienen el deseo, la capacidad y la oportunidad de pensar y leer. Montaigne, cual perfecto espectador o paciente jardinero, se declara a menudo, y con placer, un hombre ocioso. Lector desordenado, lee sin ninguna precaución. Y, en esa lectura errática que sirve como una especie de espejo, podemos vernos reflejados en la forma entera de nuestra condición humana: leemos sin pretensión ni exactitud; sin conciencia. Lectores errantes, hojeamos los libros sin orden y sin intención. Nos extraviamos frente a la fascinación por la palabra. Carecemos de un aparato crítico que nos salve del objeto llamado “libro”. El problema no es sólo cuestión de cómo apropiarse de los libros, sino también, de cómo apropiarse de su propio libro (Jorge Larrosa); en otras palabras, de cómo y para qué apropiarnos de un bien cultural.

Montaigne, desde la seguridad de su laberinto, nos lanza una mirada reflexiva que nos advierte sobre lo que significa la autoapropiación. Esto es, hacernos dueños de los libros, de la lectura, de nuestra propia existencia y destino:

Cuando últimamente me retiré a mi casa, resuelto, mientras pudiera, a no ocuparme más que en pasar en reposo y apartado lo poco que me quedare de vida, me pareció que no podía hacer favor mayor a mi espíritu que dejarlo divertirse solo en plena ociosidad, sosegándose y deteniéndose en sí mismo. Esperaba que sería lo mejor que podría hacer y que con el tiempo se haría más firme y más maduro. Pero hallé que “la ociosidad disipa la mente en todos los sentidos” y que caballo que escapa da cien veces más carrera que sirviendo a otros. En efecto, tantas quimeras y fantásticos monstruos engendró mi ánimo, sin orden ni concierto, que para contemplar a mis anchas sus ineptias y extravagancias, he comenzado a escribirlos, esperando que con el tiempo avergüencen a mi mismo espíritu.

### **Lectura democrática**

No hay concepto de la sociología más manoseado y, por lo mismo, tergiversado, como el término “democracia”. Palabra con una larga trayectoria en lo que concierne al estudio de las estructuras sociales, mas pobre en cuanto a su práctica como elemento de promoción sociocultural (política cultural), en el sentido de “asegurar que individuos, organizaciones, comunidades y pueblo dispongan de los instrumentos y espacios ne-

cesarios para que con libertad, responsabilidad y autonomía puedan promover procesos de participación y de vida asociativa en la realización de las actividades culturales” (Ezequiel Arder-Egg).

Con frecuencia definimos democracia mediante el uso de términos igualmente vagos e imprecisos: igualdad, libertad del individuo, participación del pueblo. Pero ninguno de estos conceptos nos acerca a ese conjunto de valores y prácticas que intervienen en una determinada organización social si no tenemos como eje central una política del sujeto (Robert Fraisse). Esto es, el sujeto visto como construcción del individuo (o del grupo) “por la asociación de su libertad afinada y su experiencia vivida, asumida y reinterpretada” (Alain Touraine).

Democracia no significa imponer el poder de la mayoría sobre los derechos de las minorías, ni reducir al ser humano a ser únicamente un ciudadano, sino reconocer que el individuo es un sujeto en la medida que asocia en sus conductas el deseo de libertad y la pertenencia a la cultura de un grupo social determinado en cuanto que éste la posee, no como conocimiento sino como vivencia. Así, en alusión a Charles Taylor, la democracia cultural es una política de reconocimiento del otro.

Si partimos de esta premisa, ser sujeto cultural no corresponde a una decisión centralizada, sino a un es-



fuerzo continuo e individual; es —en otras palabras— un constante “ir al encuentro”, ejercicio jamás acabado a través de lo que Alasdair McIntyre nombra como “la unidad narrativa de una vida”, o como nosotros podríamos señalar como “proyecto de vida” que permita al sujeto en libertad organizar sus experiencias.

Este sujeto cultural es la respuesta a la pregunta que el promotor de lectura se hace en su afán por construir democracia cultural. Definir la promoción de lectura como medio institucional en la formación de lectores activos, no tiene sentido si sólo promueve el acceso a la cultura escrita sin un espíritu democrático que impregne todos los aspectos de la vida social del lector (tanto en la escuela, como en el trabajo; en la comunidad como en la salas de lectura).

La lectura no trata, como se ha querido pretender en forma retórica, de brindar exclusivamente gozo y disfrute (¿qué significa el eslogan “Leer para ser mejores”?). Esta visión aséptica y políticamente correcta inhibe, precisamente, la libertad del sujeto porque no le interesa que el actor modifique por medio de la lectura su entorno.

Si bien todas las concepciones del ser humano en sociedad se traducen en ideas sobre la educación, debe ser prioridad que en la formación de lectores prevalezca el reconocimiento que orille al lector a la acción. Lectura que no transforme, no es sino simple pasa-

tiempo, llámese entretenimiento cultural, si así se le prefiere nombrar.

La lectura democrática no puede existir sin una reconstrucción del entorno. El promotor de lectura no puede darse el lujo, por su naturaleza, de ser neutral. Su labor: crear las condiciones de apropiación de la cultura escrita por parte del ciudadano, le obliga a visualizar tanto al libro y, por ende, a la lectura, como uno de tantos bienes culturales susceptibles de apropiarse.

Entonces, ¿cómo nombrar lo que el promotor de lectura hace, si al parecer leer es un acto subversivo? ¿Cómo extender esta confianza en el proceso lector, si leemos lo que las instancias culturales de gobierno desean que leamos? ¿Qué sucederá cuando la promoción de la lectura deje de ser una moda cultural?

Es sabido que la palabra democracia es considerada demasiado seria como para dejarla al arbitrio exclusivo de los políticos —sean éstos bienintencionados o no—, sobre todo, cuando estamos en la búsqueda del “lector libre”, constructor de su historia lectora con el basamento de su identidad personal y colectiva. Así, la lectura democrática genera su propio “espacio político” acorde con su vida social. No se trata de un mero “encuentro con los otros”, sino de diálogo e intercambio sobre otras tantas respuestas a las mismas interrogantes generales. El papel del promotor de lectura tiene

que ver más con esa labor de reparar un tejido social que se ha visto debilitado.

Una lectura libre, autónoma, ejercida como forma de vida, como afición placentera y satisfacción personal, requiere de sujetos libres. En una sociedad con graves desigualdades es común confundir la acción del sujeto con variadas formas de simular su participación o, ¿no es así cuando se pretende que la gente tome parte en las decisiones de quienes disponen lo que hay que hacer?

Como lo indica su etimología, la palabra participar, del latín *participare*, significa tomar parte. Expresión que en el contexto de la vida de una comunidad requiere de medios e instrumentos de acción cultural “a fin de que todos los individuos puedan participar plena y libremente en la creación de la cultura y en sus beneficios” (Arder-Egg). En la Conferencia General de la UNESCO (19ª Reunión de Nairobi, 1976) se promulgó por primera ocasión la preocupación por hacer efectiva y garantizar “para todo grupo o individuo (la posibilidad) de expresarse, comunicar, actuar y crear libremente, con objeto de asegurar su propio desarrollo”.

De esta manera, la finalidad del promotor de lectura en un ambiente de democracia cultural es la de generar procesos de participación cultural de la manera más amplia. No se trata de si la lectura está al alcance de todos. Lectura para todos, sí, en la medida en que

la lectura contribuya a que cada quien viva y realice su cultura. A la lectura democrática no le interesa el lector-receptor, lector-espectador, lector-consumidor, sino aquel que a través de la lectura sea actor y productor de su propia vida cultural y, por consiguiente, de su propia historia lectora. Porque la lectura debe señalar, apuntalar y, llegado el caso, crear un destino personal y colectivo.

### **Del libro a la lectura**

Existen en la historia lectora de cualquier lector anónimo libros que, por decir algo, lo acompañan a lo largo de la vida. En mi caso, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury es uno de ellos. Tomando prestada una frase del autor, en el postfacio de su novela (edición de 1993), yo no leí a *Fahrenheit 451*, él me leyó a mí; sea porque cuando leí, en mi adolescencia, esa novela clásica de ciencia ficción —escrita en 1953— sobre un futuro posliterario que desafortunadamente ya nos alcanzó (pantallas interactivas de televisión del tamaño de una pared; avenidas donde los coches corren a 150 kilómetros por hora; una población que no escucha otra cosa que una corriente constante de música y noticias transmitidas por unos minúsculos auriculares insertados en las orejas; bomberos que se dedican a quemar libros prohibidos porque son causa de discordia y sufrimiento), yo,

al igual que el héroe (el bombero Montag), estaba confundido, sin saber qué hacer con mi vida, sea porque determinados libros literalmente llegan en el momento oportuno, y derriban esa supuesta confianza en la cual tenemos por costumbre refugiarnos. El propio Bradbury lo explica todo al inicio de su novela:

Era un placer quemar.

Era un placer especial ver cosas devoradas, ver cosas ennegrecidas y cambiadas. Empuñando la emboadura de bronce, esgrimiendo la gran pitón que escupía un queroseno venenoso sobre el mundo, sintió que la sangre le golpeaba las sienes, y que las manos, como las de un sorprendente director que ejecuta las sinfonías del fuego y los incendios, revelaban los harapos y las ruinas carbonizadas de la historia. Con el simbólico casco numerado —451— sobre la estólida cabeza, y los ojos encendidos en una sola llama anaranjada ante el pensamiento de lo que vendría después, abrió la llave, y la casa dio un salto envuelta en un fuego devorador que incendió el cielo del atardecer y lo enrojeció y doró, y ennegreció. Avanzó rodeado por una nube de luciérnagas. Hubiese deseado, sobre todo, como en otro tiempo, meter en el horno con la ayuda de una vara una pastilla de malvavisco, mientras los libros, que aleteaban como palomas, morían en el porche y el jardín de la casa. Mientras los libros

se elevaban en chispeantes torbellinos y se dispersaban en un viento oscurecido por la quemazón.

Montag sonrió con la forzada sonrisa de todos los hombres chamuscados y desafiados por las llamas.

Sabía que cuando volviese al cuartel de bomberos se guñaría un ojo (un artista de variedades tizado por un corcho) delante del espejo. Más tarde, en la oscuridad, a punto de dormirse, sentiría la feroz sonrisa retenida aún por los músculos faciales. Nunca se le borraba esa sonrisa, nunca —creía recordar— se le había borrado.

Libros con los cuales nos topamos cada determinado lapso, o, debería decir, que salen a nuestro encuentro. Y los leemos y releemos por completo no sé cuántas veces o, simplemente, los hojeamos y acaso nos detenemos en alguna frase o escena que guarda sin importar el paso del tiempo algún significado especial para nosotros.

A pesar de que la historia sobre una civilización esclavizada por los medios masivos de comunicación, las drogas y el conformismo me atrapó desde las primeras páginas, confieso que en aquel entonces no lograba entender del todo el motivo por el cual el jefe de bomberos (Beatty) pensaba que “un libro, en manos de un vecino, es un arma cargada”. Motivo que lo obliga a considerar como deber el hecho de quemarlo; en otras

palabras, sacar la bala del arma, porque ésta —según la opinión de la mayoría de los habitantes de esa sociedad futurista— abre la mente del hombre. En este sentido, y de manera semejante, me hacía la misma pregunta que la esposa de Montag: “¿Por qué debo leer? ¿Para qué?”.

Esa búsqueda de congruencia entre el mundo del libro y el mundo del lector no estaba aún clara dentro de mí. Sin entrar de lleno en el discurso acerca del proceso lector, el hecho de ser o no lector, tenía que ver más con una postura personal en relación con categorías absolutas (ser o no ser), que con una práctica cuya justificación se aloja en una historia individual o familiar, en una necesidad por comprender el mundo. No se es lector o no lector de la misma manera durante toda la vida, ha escrito Michel Peroni. No obstante, esta historia lectora —la personal—, construida a partir de encuentros y desencuentros, se puede resumir en una constante expectativa y en la voluntad por buscar y encontrar; por no quedar ileso.

Porque la lectura no sólo transforma el ocio en virtud, nos dice Eliana Yunes, sino, además, nos revela el verdadero valor del libro, el acto social que entraña desde un punto de vista crítico el proceso lector: el compromiso tanto en el plano de la reflexión como de la acción. Si el libro vale en relación con la lectura, entonces esa construcción social de la realidad que significa la lectura vale en cuanto a experiencia viva.

## Coda

“Yo sé quién soy” —le respondió don Quijote a un labrador que desconfiaba de que el maltrecho hidalgo con quien charlaba fuera caballero andante—, “y sé que puedo ser no sólo lo que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todas las nueve de Francia, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías”.

Estoy por completo de acuerdo con aquellos que señalan que Alonso Quijano leía novelas de caballerías, como nosotros leemos novelas de misterio, historias del Oeste, romances eróticos, historietas y ciencia ficción. No obstante, también es cierto que en el mundo moderno leer novelas a la manera cervantina es algo cada vez más difícil.

Leer *El Quijote* es leer acerca de un adicto a la lectura. De hecho, Susan Sontag describe a *El Quijote* como “la primera y más importante epopeya acerca de la adicción”. De esta manera, al igual que el añejo hidalgo, uno se deleita con el “ordenado desorden” de la lectura, que no es otra cosa que la relación de la lectura con la vida. Relación recíproca entre experiencia y aventura. Somos, pues, en todo caso, replicas en miniatura de Alonso Quijano: lectores que defendemos a capa y espada lo que amamos.

Don Quijote, sin dudar un ápice, recomienda: “Vuestra merced créame [...] lea estos libros, y verá



cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tuviere mala”. Inmersos cada vez más en el “ahora”, en la experiencia presente, *El Quijote* nos ofrece una ilusión extraordinaria: vivir la aventura como una isla en la vida (Georg Simmel). Experiencia acumulada. Es, pues, la lectura “enfermedad incurable y pegadiza”. En efecto: “él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio”.

Si en el caso de don Quijote no son los molinos de viento sino su baciuelmo lo que denota su condición de criatura cervantina; en nosotros —lectores— se revela en el tránsito de experiencias, paso necesario para entrar en acción. Una aventura, sea existencial o, como en este caso, literaria, se experimenta, no se atesora; en especial cuando uno sabe “poco de achaque de aventuras”.

Chrétien de Troyes —autor de *Percival*— en un fragmento, nos habla de cómo vive su pasión: “De todos los males, el mío difiere; me gusta; me regocijo en él; mi mal es lo que yo quiero y mi dolor es mi salud. No veo de qué puedo quejarme, pues mi mal me viene de mi voluntad; es mi querer lo que constituye mi mal; pero tengo tanto cuidado de querer así que sufro agradablemente y gano tanta alegría en mi dolor que estoy enfermo con delicia”.

Algo en claro resulta de lo arriba dicho, a saber, que la lectura, al igual que la pasión, insiste. Una y otra vez aparece y reaparece. Dicho de otra manera, la lectura es la summa sin fin de insistencias y resistencias, de encuentros y desencuentros. Así, “a quien incansable se esfuerza, podemos concederle la salvación, la redención”, como bien lo señala una cita del *Fausto* de Goethe.

Para finalizar, y a la par de Jorge Larrosa, leo y escribo; escribo y leo para darle sentido a lo que no lo tiene. Para llenar de poco en poco, de libro en libro, a la vida. Leo para llegar a una lectura propia. Sin embargo, hasta la lectura por más desordenada que sea, se hace costumbre.

Ahora bien, y a todo esto, ¿qué es leer? En rigor, y desde lo más recóndito de su vida salvaje, el eterno amante y aventurero, Giacomo Casanova, nos responde: “Yo no teorizo, practico”.

## Entrevista 6

Cuando Laura era una niña pequeña —en algún municipio de los Altos de Jalisco—, lo que más le gustaba era soñar e inventar sus propias historias.

No obstante que en el círculo familiar los únicos libros que circulaban eran los dedicados a la escuela, por lo que no había quien se pudiera apreciar como lector, fue hasta la adolescencia cuando su primer novio podríamos considerarlo como un lector consumado.

Así las cosas, para tener un tema de conversación, sobre todo cuando su novio la visitaba por las noches a la puerta de la casa familiar, Laura tuvo que recurrir a Juan Rulfo (*El llano en llamas*) y Carlos Fuentes (*Aura*), y si bien no siempre consiguió los libros que buscaba —en el poblado al que se hace mención no había por aquel entonces una biblioteca pública—, sí fueron muchos más los que recibió en calidad de recomendaciones de tantos otros lectores de la comunidad (por ejemplo: el cura del pueblo, o el doctor Ramón Vargas, que tenía fama de ser un “hombre culto”).

Como suele suceder en estos casos, a este primer novio le llegó el momento de partir, pero las lecturas se quedaron acompañando a Laura.

Fue tanta la fascinación que le causaron los libros, las lecturas, y las múltiples maneras de acercar el texto a los potenciales lectores que, sin menoscabo de haberse titulado como licenciada en Derecho, y ejercer como abo-

gada litigante, esa pequeña niña que llevaba por dentro, y que le gustaba hacer y deshacer, logró convencer a la persona adulta de poder llegar a ser una contadora de cuentos profesional.

Laura (48 años) vive actualmente en Celaya, Gto., es promotora de lectura y narradora oral. Oficio por demás placentero porque le permite ser “constructora de sueños, sembradora de palabras, albañil de puentes de comunicación”.

Para ella la narración oral es “uno de los instrumentos más valiosos con los que contamos para la promoción a la lectura, rescate de tradiciones, identidad, descubrimiento de nosotros mismos como seres humanos, pues el lenguaje y el uso de éste nos da otra categoría dentro del reino animal”.

En calidad de lectora, entre los libros que la han marcado, señala *Momo* de Michel Ende; el cuento “Un mango rechupete”, relato africano recopilado por Zoraida Vázquez; la novela *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago; y en poseía, uno de sus favoritos es el poeta chiapaneco Jaime Sabines. De cualquier manera, Laura manifiesta, en definitiva, al cuento como su género preferido.

Por lo que respecta a la relación entre la lectura y la vida, Laura no distingue una frontera definida: “La lectura es una necesidad de vida, de sobrevivencia. No concibo la vida sin un buen libro que me acompañe”, afirma.

## Fuentes consultadas

Ander-Egg, Ezequiel. *Léxico de la promoción socio-cultural*, Ed. Espacio Espiral, A.C., México, 2002.

Báez, Fernando, *Historia universal de la destrucción de los libros. De las tablillas sumerias a la guerra de Irak*, Random House Mondadori, S.A. de C.V. (Debate), México, 2004.

Bahloul, Joëlle, *Lecturas precarias. Estudio sociológico sobre los "pocos lectores"*, Fondo de Cultura Económica (Espacio para la lectura), México, 2002.

Benítez Reyes, Felipe, *Los libros errantes*, Grupo Anaya, S.A. (Sopa de libros, 81), Madrid, 2002.

Bradbury, Ray, *Fahrenheit 451*, Ediciones Minotau-ro, Barcelona, 2002.

Castrillón, Silvia, *El derecho a leer y a escribir*, Dirección General de Publicaciones, Conaculta (Lectura-sobrelecturas/10), México, 2004.

Cavallo, Guglielmo y Chartier, Roger, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Taurus, Santillana Ediciones, México, 1998.

De Cervantes, Miguel, *Don Quijote de la Mancha*, Editorial Sol 90 (Biblioteca de la Literatura Universal), Barcelona, 2000.

Ferreiro, Emilia, *Acerca de las no previstas pero lamentables consecuencias de pensar sólo en la lectura y olvidar la escritura cuando se pretende formar al lector*,

Dirección General de Publicaciones, Conaculta (México-coedición Colombia 1), México, 2002.

Freire, Paulo, *Pedagogía de la autonomía*, Siglo XXI, México, 1999.

Gilman, Stephen, *La novela según Cervantes*, Fondo de Cultura Económica (Lengua y Estudios literarios), México, 1993.

Hernández Zamora, Gregorio, *Pobres pero leídos: La familia (marginada) y la lectura en México*, Dirección General de Publicaciones, Conaculta (Lecturas sobre lectura, 14), México, 2005.

Larrosa, Jorge, *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, Fondo de Cultura Económica (Espacios para la lectura), México, 2003.

Millares Carlo, Agustín, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1971.

Olmos, Héctor Ariel y Santillán Güemes, Ricardo, *Educación en cultura. Ensayos para una acción integrada*, Ediciones CICCUS, Argentina, 2003.

Ovidio Nasón, Publio, *La Metamorfosis*, Editorial Juventud, Barcelona, 1999.

Peroni, Michel, *Historias de lectura. Trayectorias de vida y de lectura*, Fondo de Cultura Económica (Espacios para la lectura), México, 2003.

Petit, Michel, *Leer & liar, Lectura y familia*, Dirección General de Publicaciones, Conaculta (Lecturas sobre

brelecturas, 16), México, 2005.

Puig, Toni, *Se acabó la diversión*, Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina, 2004.

Sartori, Giovanni, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Editorial Punto de lectura, México, 2006.

Sen, Amartya, *El concepto de desarrollo, traducción realizada del capítulo 1 "The Concept of Development"* del libro *Handbook of Development Economics- Volume I*, editado por Hollis Chenery y T.N. Srinivasan, 1988.

Touraine, Alain, *¿Qué es la democracia?*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

Trías, Eugenio, *Tratado de la pasión*, coedición Dirección General de Publicaciones, Conaculta/Editorial Grijalbo, S.A. de C.V., México, 1991.

Yunes, Eliana, *El ocio como virtud: la contemplación contra la masificación*, Dirección General de Publicaciones, Conaculta (Lecturassobrelecturas, 128), México, 2004.

Manual del Primer Módulo de Capacitación para Coordinadores de Salas de Lectura, Programa Nacional de Salas de Lectura, Dirección General de Publicaciones, Conaculta.

Xirau, Ramón, *Sentido de la presencia*, Fondo de Cultura Económica (Tezontle), México, 1997.





*Agradezco profundamente a las siguientes personas su tiempo, disposición y paciencia por responder a las preguntas que les realizó en su momento este necio escritor. Gracias a Gerardo González Palmerín, Eugenio Hiram de la Peña Villavicencio, Heriberto Banda Guzmán, Ma. del Carmen Valenzuela Cervantes y Laura Casillas López.*

*Las respuestas que compartieron conmigo no sólo confirman lo que de hecho ya todos sabíamos de antemano: que los lectores también opinan.*

Raúl Bravo

Este libro se terminó de imprimir en los talleres  
gráficos de Editorial San Roque, de la ciudad de  
León, Gto., en agosto de 2011, con un tiraje de  
1 000 ejemplares.